

9no. Concurso de Cuentos
Radio Santa María

*Cuentos
Premiados*



2001



9no. Concurso de Cuentos Radio Santa María

2001



Primera Edición, 2002
Antología - 9no Concurso de Cuentos 2001
Radio Santa María

Diseño, digitación y cuidado de edición;
corrección de originales y pruebas :
CARLOS FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diseño, diagramación, composición y digitación:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Gráficas:
PRAGMACIO MARICHAL

Impreso en República Dominicana por
AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Índice

<i>Palabras de Presentación</i>	<i>Página</i>
---------------------------------	---------------

Palabras de Miguel Angel Durán Ureña en el Acto de Premiación (21-3-02) _____	7
--	---

I. Cuentos Premiados:

El Inventario de los Almendros _____	13
A Quien Pueda Interesar _____	25
Mi Condena _____	39
Las Bodas de Oro _____	53
Dos de Agosto _____	65

II. Menciones de Honor:

Final Final _____	77
Piel de Crepúsculo _____	83
El Divisible _____	94
Para Desconfiar _____	104
Lucy Prefiere Amar en Otro Sitio _____	108

III. Anexo:

Acta Única _____	116
------------------	-----

Palabras de Presentación

Palabras de

Miguel Angel Durán Ureña

en el Acto de Premiación

Estamos reunidos aquí, porque queremos ver la gran torre que hemos forjado juntos y que tantos esfuerzos ha costado.

Este gran salón resultaría muy pequeño si tomara forma y movimiento concretos los personajes de nuestros cuentos. De ahí lo hermoso y lo magnánimo; porque podemos expresar parte de nuestro universo y representarlo a la sociedad para que cada lector se tome la libertad de encerrarlo en su mundo interior y hacerlo suyo. Es una gran expresión de generosidad por parte de los autores.

El cuento es una etapa de desenvolvimiento cultural de una nación, y en esta ocasión está representada en nosotros. Escribimos lo que vemos, lo que sentimos, lo que somos.

Cuando el hombre vivía en medio de la naturaleza en que todo era animado, individual y divino, existió el cuen-

to, para enseñarse con la humanidad misma y seguir la historia y la evolución del hombre.

Cuentos religiosos, mágicos, de iniciación, genealógicos, éticos... los hay abundantes en la literatura de los pueblos.

Un cuento es el relato de un hecho que tiene gran importancia y trascendencia. Puede usar las metáforas y hacerlas jugar en todas las figuras literarias; puede revivir lo imaginativo, jugar con lo objetivo y lo subjetivo, lo eterno y lo imperecedero... con fronteras o sin ellas.

El cuentista es un maestro de emociones o de ideas, elevando a la máxima temperatura la intensidad de su vocación. Como en todas las artes, se necesita vocación para poder escribir buenos cuentos.

Por lo mágico de los cuentos sabemos de los Cíclopes y de las profundidades del Océano Indico representado por Simbad el Marino. De los caminos que aún el universo no ha podido ver, de cómo Cenicienta puede llegar a ser reina, y de la forma de pensar del lobo de Caperucita.

Egipto, la India, Grecia... se discuten los más antiguos cuentos conocidos que vienen desde mucho antes de la era cristiana. Esopo, Bocaccio, Perrault, Samaniego y Mark Twain... se sumergieron constantemente en el inagotable fondo de los cuentos.

Por no hacer interminable este encuentro, giremos el globo terráqueo hacia nosotros, América Latina, para recordar a Lugones, Ricardo Palma, Riva Polanco, Juan Bosch, Pedro Henríquez Ureña, Ramón Lacay, Miguel Angel Monclús, Pedro Mir, José Rijo... y todos aquellos inmortales que están en vuestras mentes y corazones.

Y aunque el cuento tenga el horizonte de lo "difícil", ya todos nosotros los hemos volado por lo que nos dice que

todos tenemos una alta disciplina mental y emocional que nos hace diferentes y que nos conduce a un alto valor por encima de la mayoría., porque para hacer un cuento se necesita mucho esfuerzo, gran capacidad de selección, alta concentración, y una capacidad analítica indiscutible. Por eso lo difícil de escribir cuentos, pero es una tarea seria y hermosa que tiene el premio en su propia realización.

El que nace con esa vocación, trae al mundo un don que está en obligación de poner al servicio de la sociedad. La única manera de cumplir con esa obligación es desarrollando sus dones naturales, estudiar, trabajar, afanarse por dominar el género, que sin duda es muy rebelde pero dominable. Y esto es un privilegio.

Aprovechemos la ocasión que nos brinda Radio Santa María, la prestigiosa firma E. León Jimenes y Casa de Teatro, para plasmar nuestras más nobles emociones.

Gracias

Dr. Miguel Ángel Durán Ureña.
Jueves, 21 de Marzo del 2002



1.

Cuentos
Premiados



Primer Premio

El Inventario de los Almendros

Seudónimo: Laura

Autor: Luis Córdoba

*Los días crecían, desaparecía el invierno, que siempre
se lleva algo de nuestras tristezas; luego llegó abril, esa
aurora de estío, fresca como todas las auroras, alegre
como todas las infancias*
Victor Hugo.

...cuando era niña mis padres me enviaban a casa de Lourdes a pasar las vacaciones; junio desde aquel sitio era lindo. Esperaba ansiosa el último día de clases para luego de entregar el boletín de mis calificaciones, escuchar decir a mi padre "ya sabes lo que ganaste".

Después, me sentaba en sus piernas, sacaba del interior de una caja de madera uno de los enormes chocolates, negros como sus ojos, sus ojos bellamente pequeños, que recorrían ansiosos los detalles de aquel pedazo de cartón amarillo, única prueba de mis esfuerzos durante tardes enteras para poder irme al campo de Lourdes. Papá me hablaba. Colocaba en mi boca la mitad del chocolate, comía la otra y reía. Reíamos, ya se nos pasaban las horas, viendo desde aquella ventana las gentes que caminaban de prisa por las calles, parecían hormigas desde la altura de nuestro apartamento; todo desorden y ruido allá, abajo. Nosotros desde aquel sillón, desde aquel refugio, comíamos chocolates, mientras Chopin nos mentía dando vueltas y vueltas en la negra ruta del disco de pasta. Y nos reíamos de sus notas aceleradas, nos reíamos de todo mientras mamá recogía los platos, siempre con calma, siempre diciendo una frase a medias que se perdía en el trayecto de la mesa a la cocina; cerrábamos los ojos y entonces el silencio. Ya el disco se callaba, mamá me dejaba libre de los quehaceres y se acostaba un rato. Quedábamos solos, me dormía en sus piernas mientras me pasaba sus manos por mi pelo. Lo recuerdo, recuerdo ese y otros tantos momentos que realmente pienso que no tengo porqué esconderlo; desde ese entonces, desde niña, estaba consciente de que era extraña y no por simple capricho ... pero no importa ahora, ahora lo único importante es qué tan lejos está el liquor-store para buscarle el Martini a Pablo. Son las seis y sé que al llegar

preguntará por su trago de Martini y no le puedo fallar, mejor dicho no puedo fallarme, porque para que esta noche termine bien tengo que tener suficiente Martini en la hielera. La cena no, él la trae, ojalá revise la contestadora porque le dejé dos mensajes, le dejé bien claro que no quiero más paella, que mejor la preparo yo, porque es una porquería la paella de Marea Brava....

Un silencio. Su vida estaba llena de silencios. Silencios terribles en los que volvía a ser la niña que amaba a sus padres, la que esperaba ansiosa sus vacaciones para irse al campo de Lourdes; todos los detalles del viaje se preparaban muchos días antes; los sombreros de campo, el vestido para la misa, las sandalias apropiadas para, poder corretear cómodamente por el inmenso valle, para poder darle vueltas y vueltas, nunca por última vez, a los almendros. Sí, los almendros que tantos recuerdos le traían; los almendros, las almendras y el inmenso verde que la invitaba a correr, correr mucho hasta sentirse libre, libre y feliz, en una libertad verde para la que nunca eran suficiente las vacaciones.

... recuerdo que la casa era enorme y que no nos importaba su inmensidad; nos levantábamos temprano y la limpiábamos en unas horas, para luego preparar la comida; siempre me he preguntado cómo se las arreglaba tía Lourdes cuando yo no estaba; sin más nadie, sola, sin querer tener criadas, se hacía cargo de la casa y del abuelo. La última habitación en asearse era la del abuelo; aprovechábamos que saliera a caminar por el campo

para entonces entrar. Me gustaba aquel lugar para tocar el piano... "Le he pedido a mi padre un piano de regalo de navidad", le dije a tía Lourdes "¿De verdad ?", me dijo ella. "Sí. Pero no cualquier piano, quiero un piano como este, así de grande ". Tía Lourdes hablaba poco y sabía perfectamente que ella no estaba de acuerdo con que yo tocara el piano del abuelo Limpiábamos en silencio; la clara habitación del abuelo nos convidaba a otra cosa que no era exactamente el respeto, ni siquiera puedo decir que era miedo, por eso me permitía tocar el piano. Yo no le temía, más que abuelo era... no sé, algo así como amigo... y podría decir que si volviera a ser niña y me dieran la oportunidad de elegir de nuevo un abuelo, sin dudas, elegiría otro...

Las seis. Realmente una maniática de la puntualidad, una enferma con los detalles, se alistó para ir al liquor-store; el segundo tramo, después del exhibidor de Johnny Walker, la esperaba la etiqueta roja de Martini, sonrió; como siempre, recordaba tantas cosas frente al rojo de la etiqueta de Martini. Sus recuerdos, sus silencios, sus tantos secretos, sus tantos silencios, los tantos Martini y Pablo la hacían volver a la felicidad.

...con dos botellas es suficiente; si no, esperaremos a mañana, mañana nos levantaremos temprano porque iremos a la capital. Pablo y sus asuntos, la vida de Pablo es así, un poco yo, un montón él; un poco las locuras de nuestro apartamento, un montón el tranquilo Gerente de

Ventas; un poco el Martini, un montón de números y él que "no me acompañes que regresaré tarde ", "acuéstate, mañana hablamos". Mañana igual, pero un día, una tarde, una mañana, un momento que no obedece a nada en especial, es Pablo, quien se deja hacer preso, y algo más, se hace la víctima y entonces lo amo tanto. Otros días, su voz se me pierde en la débil señal (le celular, en la carretera que lo aleja y se lo lleva por dos días, luego viene a amarme, porque lo hace a veces y otras tantas.... otras veces me queda pequeña la habitación para tantas locuras, tantas manías, tantas lágrimas... lágrimas; "lágrima" es una de esas palabras que al solo pronunciarla me provoca pena. Recuerdo que una tarde encontré a Lourdes llorando; lloraba mucho, me acerqué a ella. Pero ella no quiso levantar la cabeza, durante un rato largo estuvo viendo el piso, sentada en su cama lloraba y lloraba, luego me vio, extendió los brazos y no tuvo que decir palabras para pedirme el más triste abrazo que pude dar en mi infancia... nunca más vi llorar a tía Lourdes, nunca le dije nada, pero a partir de ese día sentía pena al verla ¿Qué la hizo llorar tanto? ¿Lloraba siempre? Su nariz roja, sus ojos que parecían verme desde detrás de una pecera, sus ojos tan parecidos a los de mi padre...

Muchas fotos. Las paredes de su apartamento parecían tapizadas de recuerdos a blanco y negro en diferentes tamaños y de diferentes tiempos, de diferentes alegrías, de diferentes penas. La boda de sus padres, ella con su

padre en el consultorio dental, él con su bata de doctor y ella sobre su escritorio, con los ojitos cerrados y sonriendo, sonreían siempre; y ahora todo listo para esperar a Pablo. Y la puerta de mil cerraduras se abre y es Pablo, con una gigante funda de Marea Brava, paella, quién le dijo a Grecia que él revisa la contestadora; pero ella no dice nada, lo besa, su cuerpo flaco se funde con el traje de su amor siempre impecable, su amor que nunca repite corbatas a la semana; dónde se fue la ropa, desnudos, la sala es mejor porque tantas ganas no caben en el cuarto, en el cuarto no hay rincones vírgenes. Sus cuerpos flacos prometían romperse para demostrar el ca-riño, la pena de amarse, para que cada uno sepa que entiende la pena del otro y que están dispuestos a amarse eternamente en los instantes que el amor permite, que el destino permite.

.... los ojos bellamente pequeños de mi padre, los ojos tristes de tía Lourdes y los ojos color almendra del abuelo. Cuando llegué a pasar el último verano en aquella casa recuerdo que vacilé mucho antes de entrar a la habitación clara del abuelo; las cortinas siempre corridas y el sol arañando la madera del piso, el abuelo frente a la ventana veía los almendros. "Hola abuelo". Parecía no escucharme desde el umbral de la puerta, "Hola abuelo", decidí acercarme; "Hola Grecia, estás aquí desde hace un rato ", era cierto y no inventaba ninguna excusa, en realidad no tenía por qué inventarla pero tampoco podía decir que no había subido antes porque... a veces

no querernos ver eso que invariablemente nos espera. "¿Qué haces abuelo? ", "Estoy pasando inventario, Ven, acércate ". Me sentó en sus piernas, señaló unos árboles y comenzó a explicarme "Ves, esos son almendros y los estoy contando", "¿Son muchos abuelo?", dijo que sí con la cabeza y se quedó inmóvil, quizás para no perder la cuenta o quizás porque era su momento preferido del Concierto Número Uno, en Re menor de Bach...pero luego de la siesta, prefería salir a correr, claro, si no llovía; una tarde fue la lluvia la que me despertó, no quise quedarme acostada porque la habitación me resultaba extraña, antes del sueño era clara, casi tan clara como la del abuelo, y al despertar estaba a oscuras. Llovía, tía Lourdes dormía y yo decidí pasearme por las habitaciones, vi la lluvia desde todas las ventanas, escuché los truenos desde todos los ecos de la casa, menos desde la habitación del abuelo. Pasé frente a su puerta, no quise detenerme pero sentí algo de pena; entré, creía que dormía y me sorprendió encontrarlo en su sillón; "Abuelo, sigues contando los almendros", me miró, intentó una sonrisa, pero su risa no era como la de mi papá, sin embargo se parecían...

Una de las tantas fotos de su álbum familiar era la del abuelo cuando tenía veinte años, aunque las fotografías no estaban en buenas condiciones se podía ver que sí, que se parecía a su padre y que a su vez ella se parecía a su abuelo, pero a las seis ella no tenía ni ganas ni tiempo para esos detalles, a la seis de cualquier día nada

tiene más importancia que el ciclo lunar no falle, que el preservativo no tenga pinches, que las pastillas hagan su efecto, que el Martini esté frío, porque luego de la primera pausa, es unos tragos, luego la segunda parte y otra vez el plan de la maniática del tiempo y la perfeccionista, la que escribía el guión, la directora de la película, la actriz.

..."abuelo, cuándo terminarás de contar los almendros ",
"Pronto, muy pronto, Grecia", así eran nuestros diálogos breves, muy breves... pero nuestros momentos se fueron extendiendo con los días, con la cuenta de los almendros, con la infinita cuenta de los almendros, con el inmenso verde del valle, con el inmenso verde de los ojos del abuelo, entonces se perdían mis ojos en sus ojos, era terrible aquello, no sabía de mí, él comenzaba a contarme de como vio crecer los almendros, de la cuenta que nunca terminaba, de los helados de almendras que tía Lourdes hacía. ¿Por qué la cuenta es tan larga?, le pregunté. "Porque cada día pierdo la cuenta fijate ¿ ves aquél? Ayer paré la cuenta en él, esta tarde, cuando regresé a contarlos, no me acordé que número era. Un día, no recuerdo cual fue el último, otro día no recuerdo la cantidad, en fin, hay días en que no amanecemos con la misma cabeza". Hay días en los que una se deja llevar del verde, porque el verde es mi enemigo, el verde es mi pasador, el verde de las almendras, el verde del valle, el verde del bosque, el verde de los ojos de mi abuelo. Su verde infinito por el que me conta-

ba de todas las cosas de ese pasado tan lleno de particularidades, sus silencios, sus manos, sus ojos, sus ojos me dormían, me dejaban suspendida en sus palabras y sus manos se adueñaban de mí, de mí, de todo lo que hasta ese momento era; una niña perdida en el verde de los ojos de un abuelo, pero me iba, me dejaba; entonces nada, el vestido rosa ocultaba la ruta de sus dedos. No quise pero ese día, fue la lluvia, la claridad de la habitación del abuelo, el sillón, los almendros, los almendros que bailaban bajo la lluvia, sus manos y el verde de sus ojos. Sus manos temblaban, mi cuerpo temblaba por completo, el piano temblaba, temblábamos el uno y el otro, alejados de la maldad, ambos con miedo, ambos prometiéndonos silencios con nuestros temblores. Solo fue eso, una breve exploración de sus dedos a mi miedo; luego, el miedo no fue miedo sino la certeza de que nos acercábamos al abismo, a eso que no tenía nombre, a ese otro silencio; y los almendros allá, abajo. Y el abuelo que no terminaba de contar y yo absorta entre sus dedos, toda, por completo, sin resistencia, unida por siempre al conteo de los almendros...

Pablo era así. Un destello, una ráfaga, un trueno, un silencio; Pablo y todo lo que implica cercanía a Pablo, a su perfume, a sus camisas impecables, a su cuerpo flaco y velludo, todo cabe en un solo silencio; uno de los tantos silencios. Y amaba a Pablo dentro de manías y silencios, entre chocolates, porque ella sacaba del interior de

una caja de madera enormes chocolates que Pablo disfrutaba tanto, tanto como las notas que Grecia intentaba en el piano que había heredado del abuelo. Intentaba muchas notas para agradar a Pablo, pero Pablo prefería el silencio; sin embargo, Grecia jamás podría, no habría otro silencio como el silencio necesario para contar almendros; el silencio, ese silencio que siempre guardó cuando decidió no volver al campo de Lourdes, luego de la muerte del abuelo.



Segundo Premio

A Quien Pueda Interesar

Seudónimo: Flavius

Autor: Ricardo Nieves

-¡Corran, levántenla! ¡Todavía vive, levántenla!

-¡Ay sí, parece que fue ahora mismo!

-¿Usted la conoce?

—¿Yo?, ¡sí, claro que sí! La reconozco por la cara...

-¿La cara?, si es por la cara no hay quien la conozca.

-¡No, no, quiero decir por la cicatriz, esa cicatriz que le
cruza la cara!

(... Es infame y prominente: la cicatriz me cruza la cara de lado a lado. Y aunque todo el mundo me conoce, la gente sigue mirándome, cada día, como si ella me naciera de nuevo...)

-¡Diablo, sí! Pero... ¿y cómo...

-¡Como nada! No pregunten más, ¡levántenla, corran al hospital!

-¿Al hospital, pero... y para qué? ¡Quién se salva de una caída tan alta!

(Desde que me ocurrió aquello..., a los pocos días se convirtió en una cresta odiosa y camal, parecía brotar de algún rincón invisible, que no de mi propia humanidad. Vengativa y desobediente, se agrandaba, crecía ...)

-¡No importa, como quiera hay que llevarla! No la van a dejar ahí, todo el día, tirada en el pavimento.

(Y crecía... Y miren como se ha levantado bochornosa, irregular y tortuosa: desde la parte superior y externa de la ceja derecha se precipita en diagonal, salvando milagrosamente el ojo para terminar en el ángulo contrario de mi comisura labial izquierda ...)

-Es verdad, hay que llevarla, corramos al hospital; y avisemos al ayuntamiento, para que se hagan cargo...

-¿Al ayuntamiento?, ¿acaso tiene tan poca familia?

-¡Dios santo, como ha quedado, está irreconocible!

(Desde la nariz, por una suerte de remolino confuso y desafiante, se hipertrofia. Y, como orgullosa, en ola encrespada y papulosa, me cubre todo el orificio nasal, doblándome desconsideradamente el tabique hacia la izquierda ...)

-¿Cómo que no tiene familia? y ¿dónde están los Meléndez?

-Ah, bueno..., pero ella no se llevaba con ellos...

(Y me brilla. Espejea desconcertante , describiendo un trazado ampuloso, esta línea irregular y aviesa que me serpentea ominosa ...)

-¡Pero, van a seguir perdiendo tiempo, levántenla ya! Yo la vi moviéndose...

-Sí, hace un ratito me pareció... que se movía...

(¡Sí, como me brilla esta maldita cicatriz! Parece un montículo rugoso, hecho de soberbia carnal y añadido a la superficie cribosa de mi cara ¡A golpe de remolino, es indignantemente fea!)

-¿Moviéndose?, por Dios, María, cómo se va a mover. Será mejor que pienses en llamar al médico legista.

- Y al fiscal, porque la pobrecita ya...

-Eso sí es lo que debemos hacer y además evitamos problemas con la justicia. Miren que está llegando mucha gente.

-¡Vaya pendejada la de ustedes! Que va a ser... la policía ni se molestará por esta y menos si saben que fue ella misma...

(¡Y cuánto me molesta el enojo visual de su presencia! Y saber que nunca he tenido mayor posibilidad que acatar la pesada tribulación que me provoca. Porque de nada me sirvió acudir a la justicia... y menos aún pensar en cirugías ...)

-Claro que fue ella misma. Pero todos sabemos lo complicada que es la ley...

-¡Señores, miren que esto se está llenando de gente!

-Qué problema, doña, usted desespera a cualquiera, cálmese.

-Sí, además, a quien le va a doler esta pobre diabla... mujer y sola.

-Bueno, esa sí que no tuvo dolientes. No los tuvo antes, y menos ahora que acaba de joderse.

(Antes que buscar de la justicia he tratado de aprender a convivir junto a mi pequeño monstruo. He intentado soportar lo ingrato de su compañía nefasta. En cuanto a la cirugía: todo aquel que me conoce sabe que es incompatible con gente como nosotras ...)

-¡Pero dejen ya de contemplarla! ¿Es que ustedes no han visto a una mujer agonizando, eh? Si nadie se atreve, yo si voy a...

-¡No la toque María, no la toque! Espérese a que lleguen las autoridades. De ninguna manera vamos a cambiar nada ya...

(No sé cómo, pero algunas veces he pretendido cambiar; levantarme de algún modo, resistir la brutalidad de esta herida... Me atrevo a decir que a pesar de ser torcida, puedo comer con mi boca, y sortear su protuberancia escamosa y escarpada, en fin, trato de sobrevivir... Aunque, como notarán todos, mis labios se cierran asimétricamente y, embravecido, el superior se me dobla hacia arriba describiendo esta risa vulgar y macabra que, involuntariamente, me domina ...)

-¡Pues, claro que la toco, venga usted y ayúdeme a levantarla! Ya basta de verla ahí, tirada como una perra en pleno pavimento... y no me venga con esperar autoridades.

(Por esta mueca fatal he llevado un cigarrillo eternizado en la boca. En realidad nunca he fumado, pero él, al menos, me ayuda a disimular un poco mi máscara dantesca; me ayuda a ocultar algo de este lúgubre aspecto de molusco ensortijado. Claro, hay una cosa que nunca cambia en mí: ¡la imagen bestial de este mapa difuso y arenoso que se enrosca en el angosto paisaje de mi cara!)

-¡Señores, dejen ya de mirarle la cara; parece que nunca vieron sangre humana!

(Porque el pómulo derecho, a simple vista, da la impresión de no existir y, apretujado y hundido, detrás del maldito gusano zigzagante y duro, se toma apergaminado. Encogido, deslucido totalmente cada rasgo de mi cara ...)

-¿ Y es que se van a quedar ahí, mirándola, y sin hacer nada?

(¡Ja!, he dicho mi cara. Como si en realidad yo tuviera una cara ¡A esto no puede llamársele cara; yo, ya no tengo cara! ...)

-¡Padre santo, pero si está destrozada!

-¡Apártese todo el mundo, que viene la policía!

(Y pensar que ni recuerdo el día en que la perdí. Porque son tantas las noches pasadas y es tanto el tiempo que he tenido que sobrevivir sucumbiendo bajo el peso de mi desgracia que, en verdad, jamás supe ni me importó nada más ...)

-¡Apártese le están diciendo, señora!

(Yo, únicamente recuerdo lo tibio y cosquilleante de aquello que en un minuto me cubrió toda la cara; después vino el dolor, después me encontré despierta en el hospital, así como amarrada y cubierta de gasa ...)

-¡No señor..., que un doliente me ayude a levantarla! No me cruzaré de brazos, mientras ella se desangra.

(Pero, posteriormente a la desgracia he mantenido un recuerdo único y lacerante: los espejos. Esos despreciables e hirientes espejos. En ellos, sólo en ellos he descubierto este dibujo cruel e insolente del que hoy he prometido liberarme ...)

-Veo que a ustedes no les causa tristeza verla así, semi-desnuda, aplastada como un animalito en plena vía pública...

(Sin embargo, desde aquella primera vez en que la descubrí, más que tristeza he padecido una burla extraña; arrastro un desprecio interior, propio y lejano a la vez ...)-

Por última vez, le digo que se aparte María, ya no podemos hacer nada. ¡Cálmese o váyase a su casa!

-Señores, hay que tener compasión. ¿Para qué somos cristianos? Además, que fuera de la calle no quiere decir que fuera gente mala...

-¡Ahora sí... por ahí viene la policía!

(Desde aquel día, más que tristeza he sentido una furia ciega, ardiente; un sentimiento raro, intolerable ...)

-... ¡A un lado... Con permiso... Quítese del medio señora! ¿Qué está pasando aquí?

-Era justo que llegara, cabo, esa infeliz lleva más de una hora y...

-¡Cállese doña. Por haber llegado más temprano nadie iba a salvarla!

(De ahí mi odio por los espejos. Por ello no desperdicio oportunidad para romperlos. Los odio irremediablemente. ¿Cómo podría yo admitir un malvado instrumento que no ha hecho más que repetir el dolor de una cara, el desconcierto de un rostro arruinado?

-Pero, usted cabo, ¿qué piensa, la levantamos?, mire que...

-¡Aguántese, le dije, señora!

(Definitivamente, frente a los espejos no puedo aguantarme. Y por cada uno que destrozo, experimento un olvido efímero y extraño. Por algún tiempo puedo borrar la descripción exacta y la apariencia mental de esta azarosa marca ...)

-Mire que lleva más de una hora tirada así, en el pavimento, sin que nadie se haya atrevido a levantarla... llévela usted cabo, ordene que la levanten y la lleven al hospital, haga la caridad, mire que es una mujer, no es una...

-¡Qué... para dónde la van a llevar! ¿Usted no está viendo las condiciones?... Lo que hay que hacer es llamar al médico legista.

(Pero, a veces, el recuerdo es obsequioso, impertinente y, cuando menos la recuerdo, mis dedos la descubren como a una pradera oculta y pedregosa en el adusto paisaje de mi cara ...)

-¡Eso sí! Así es..., el cabo tiene razón, María, ¿para qué llevarla al hospital, ya?

(Sin embargo, para los transeúntes vivo, en todo momento, en descampado; pues, no se cansan de mirarme. La cicatriz les resulta intolerable y ultrajante,

como si el estigma les perteneciera a sus caras. Puedo asegurar, por sus amargas reacciones, que cuando me miran, ellos se sienten tan abochornados como yo por esta llaga que, en todo caso, me corresponde únicamente a mí)

-Usted porque no la vio, cabo, pero hace tan solo un momento se movía... Sí, estaba temblando...

(Ha sido por ellos, por los iracundos transeúntes, que decidí colocarme estas gafas grandes y oscuras. Un desesperado y último intento;)

-Usted estará viendo visiones, doña, ¿cómo puede moverse?, será que no tiene ojos... ¡Esa mujer está desbaratada!.

(Pero los inmensos anteojos tampoco me han funcionado. Porque la rencorosa insinuación de la cicatriz los desplaza y, suspendidos y colgantes, me otorgan este carácter fantasmal que hasta hoy he soportado con evangélica resignación)

-Es verdad, doña María. Comprenda que el cabo tiene razón. Quien va a quedar vivo de una caída tan elevada...

(Es que la marca parece rebelarse contra todo detalle. Y, por debajo y por detrás de los espejuelos me desarticu-

la el rostro que entonces luce inconmensurable por el patético desnivel del plano asimétrico de mi cara, la que, al momento, se vuelve insalvable.)

-Bueno..., pues, si no se puede hacer nada, que llamen al legista. Miren que está casi desnuda y ya la calle se llenó de gente que no se cansa de mirar...

(Hoy, cuando observo a la gente ordinaria, esa que va por las calles de la ciudad, pienso que puede ser tan normal que una pueda tener alguna marca, o una verruga sobresaliente, o una pequeña cicatriz, o una mancha imprudente en el rostro... , porque esto es, para cualquiera, una condición tan humanamente aceptable ...)

-¡Por fin llegó el médico legisla... Ábrandle paso. Déjenlo pasar!

-Venga por aquí doctor... y ustedes no se queden ahí, busquen una sábana para cubrirla.

(¡Pero cuán extraña y dolorosa es esta oruga amollejada que trastorna mi rostro, mi existencia.... mi alma! Este costurón mentiroso que respuntea mi corazón más que a la misma cara. ¡Oh, qué bárbara cicatriz me acompaña!)

-¡Dios santo, doctor, que horrible ... !

-Doña, si no tiene valor para verla, apártese, voltee la cara.

-...Se lo dije a María: desde que cayó estaba ma-lograda, ¿no es verdad, doctor?

-Así es. Es la una y cuarenta y cinco. Obviamente, lleva más de una hora muerta.

-¡Ay sí, yo la vi subir al mediodía; pero quién iba a pensar !

-Cabo: tome usted la cartera y ese sobre; fijese que parece una carta... Bien, ahora suban el cuerpo a la camilla...

(Pero hoy me decidí a terminar con ella. Por eso elegí la parte más elevada, la azotea del hotel... aquí arriba, sin embargo, me siento calmada. No tengo temor. Ni siquiera rencor por el desgraciado aquel quien miles de noches atrás me tasajeó la cara. Y si he determinado dejar esta carta, "A quien pueda interesar", lo hago con el único propósito de no implicar a nadie más en mi caso. Y porque sé también, ahora que voy saltar al vacío, que estos borrones quedarán como constancia de que ésta decisión ha sido mía, exclusivamente mía.)

-Señores, vámonos ya... Adiós, doctor...

(Adiós ...)



Tercer Premio

Mi Condena

Seudónimo: Ranacimiento

Autor: Mérida García

*"La creación,
aún cuando es fuente de error,
siempre se realiza por amor
a alguien distinto de nosotros mismos".*

Umberto Eco

Ella coloreaba mi existencia gris. Su presencia en mi oficina me transportaba a un mundo de claridad.

Por su edad, era una adulta, pero sus ocurrencias me hacían verla como una criatura. "¡Qué niña eres!", le decía muchas veces, y ella: "Sí, tienes razón, junto a ti, me siento niña", y hasta en ese reconocimiento era más valiente que yo, porque sé que al decirle "¡Qué niña eres!", procuraba evitar que se diera cuenta de que a su lado me sentía niño, y quería participar de su juego,

pues así llegué a considerar nuestra relación: en un fascinante, perturbador y peligroso juego, en un amor platónico que nunca acabaría (¡cuánto anhelé que nunca terminara!).

Hasta los mensajes que me dejaba en mi beeper formaban parte de ese juego: sólo yo sabía que unos números determinados significaban su nombre y que con esos mensajes numéricos quería decirme: "Estoy en mi casa. Llámame"; entonces, la llamaba y en esas conversaciones me alejaba del frío mundo de las transacciones comerciales para adentrarme en el de ella, en ese cuento que había escrito o que había comenzado a escribir, e incluso, alguno que 'le andaba' en su interior pero que aún debía madurar antes de parirlo, o en ese problema de uno de sus personajes, que la noche anterior, le había impedido conciliar el sueño.

¡Cuán grande era mi satisfacción cada vez que me llamaba para hablarme de sus trabajos literarios! Cuando en mi beeper aparecían los números clave acompañados del 911, yo sabía que estaba enferma o deprimida. La llamaba. ¡Y era tan grato oírla decir que ya se había curado! "Tu voz es el mejor calmante para mi dolor de cabeza", afirmaba, y el remedio más eficaz para curar sus depresiones, muchas de las cuales eran causadas por mí, por mi renuencia a convertirnos en amantes, renuencia que ella atribuía al miedo a la sociedad o a perder mi estabilidad familiar. Pero no. Mi más grande

temor era que nuestra relación perdiera la magia que la había caracterizado durante tanto tiempo. Sí, aunque pueda parecer absurdo, rehusé tenerla como amante física porque esa relación podría hacerme perderla como mi eterna amante espiritual. Y por ese miedo nunca me atreví a confesarle que la amaba, que extrañaba su voz y su presencia, tanto o más que ella con respecto a mí.

Ella me convirtió en su personaje, y yo me sentía feliz tanto por serlo como por el hecho de que solo nosotros conocíamos la identidad del personaje que aparecía en muchas de sus obras, del mismo modo que solo nosotros sabíamos que yo atesoraba sus escritos y cuantos escritos aparecían en algún periódico o revista en los cuales se hiciera alusión a ella.

¡Cuán grande era mi satisfacción por haberme convertido, además, de uno de sus personajes, en su albacea y por hacerme sentir como depositario de su alma!

Era tan grande mi deseo de tener todo cuanto se relacionaba con ella que en una ocasión me dijo: "Creo que eres capaz de querer una copia de mi alma" y de inmediato, agregó sonriendo: "Aunque ese deseo sería absurdo porque desde hace tiempo posees el original". Varias veces me llamó únicamente para decirme que "mi original" estaba enfermo de "almitis". ¡Cómo evitar que en mis labios aflorara una sonrisa con tales ocurrencias!

¡Cuánta emoción sentía cada vez que me llamaba para decirme que me tenía "una cosa"!

Esas dos palabras, simples, comunes, llanas y sencillas, entre nosotros, también eran una clave: "una cosa", era una extensa carta que me había escrito durante varios días o varias semanas o varios meses. Entonces, me olvidaba de mis múltiples compromisos para ir a su casa a buscar la "cosa" en la que, de eso estaba seguro, no solamente aparecerían referencias al sentimiento que yo le inspiraba, sino, sobre todo, alusiones a sus trabajos literarios (inéditos y/o inconclusos) o a alguna obra que estaba leyendo o había leído recientemente o a la música que estaba escuchando o a una película que había visto.

La música, otra clave entre los dos: podía conocer sus estados de ánimo al leer qué había escuchado. Y así, cuando ponía en una parte de la carta: "Durante todo este día he escuchado a Juan Luis Guerra, El Concierto de Aranjuez, de Joaquín Rodrigo y a Sonia Silvestre", para mí era como si dijera: "Hoy he estado contenta"; si ponía: "He oído la Música de las Aguas, de Haendel y los Doce Estudios para Piano, de Chopin", para mí era como si dijera: "Estoy triste"; la frase: "He pasado el día oyendo la Novena, de Beethoven, El Concierto para Piano No. 1, de Tchaikovsky y El Mesías, de Haendel", yo leía: "Hoy necesito energías para soportar la muerte de uno de mis personajes"; cuando escribía: "Hoy sólo he

escuchado Las Estaciones, de Vivaldi", sin lugar a dudas, me informaba que estuvo pensando en mí, o "pensándome", como gustaba decir.

Muchas veces, rehusé atender su llamada cuando mi asistente me informaba que ella quería hablarme porque llegué a sentir miedo de caer en la tentación de correr a su lado, de abandonarlo todo y huir con ella, lejos, muy lejos, donde pudiésemos amarnos sin freno.

Fui tan cruel y egoísta que en esas ocasiones en las que no respondí sus llamadas, ahora debo confesármelo, no solamente me frenaba el miedo de sucumbir y huir con ella, sino sobre todo, porque mi deseo de leerla era tan grande que sabía que ese día, debido a mi negativa en hablarle, ella se desahogaría de la mejor forma que sabía hacerlo y que a mí me producía un gran placer: escribiéndome. Y, al día siguiente o días después, yo tenía la constancia de que en esas ocasiones se había sentido triste y no era preciso que me lo dijera expresamente. Lo sabía porque en la carta me informaba sobre la música que había escuchado.

¡Era tan grande mi miedo de perderla, de perder esa magia con que ella y solo ella, bañaba mi vida!

¡Era tan estimulante ese juego, tan lleno de dulces sensaciones!

¡Era tan grato ser amado por alguien tan transparente que nunca intentó ocultar el sentimiento que yo le inspiraba!

Nunca me había sentido vinculado a otra persona de la forma en que me sentía ligado a ella, porque hasta había logrado contagiarme de sus aficiones musicales y literarias, a tal punto que muchas veces, con su misma impulsividad y espontaneidad, la llamé para decirle qué música yo estaba escuchando o qué obra estaba leyendo.

Además de sus aficiones, me contagió su manera de hablar. Con frecuencia, también yo le decía que "la pensaba".

¡Era tan dulce la sensación que me embriagaba al oír su voz a través del hilo telefónico, diciéndome, como en un susurro, que me amaba!

¡Era tan enervante la sensación que me producían las lecturas de sus extensas cartas!

Hace un año, me dijo: -No volveré a llamarte, ni a escribirte, ni a visitarte en tu oficina.

Nunca creí que hablaba en serio. Me sentía tan dueño de su alma, de su voluntad, que estaba completamente seguro de que nunca cumpliría su amenaza, porque (al menos conmigo, a solas, debo ser sincero) para mí, esas

palabras representaban una terrible amenaza. No podía concebir la vida desligado de ella. Con seguridad, pensé, al igual que otras veces sucederá lo mismo. su propósito se verá frustrado por el ansia incontenible de escucharme. A tal grado llegó su necesidad de escuchar mi voz que, según me confesó, muchas veces, tras sucumbir a su decisión de no buscarme, me llamó y permaneció en silencio, únicamente para oírme pronunciar las acostumbradas palabras que se dicen al tomar el teléfono.

Ahora, después de doce intolerables meses en los cuales no ha intentando acercamiento conmigo, me he convencido de que su decisión era muy firme. Aún creo escuchar las palabras con las que se despidió ese día

-Si alguna vez sucumbo en mi determinación de no buscarte, juro que me mataré. Es tan impulsiva que al oírla, sentí un escalofrío por todo mi cuerpo, pues la creo capaz de cumplir con esa palabra. Y es que, ahora lo reconozco, le provoqué tantos padecimientos que, definitivamente, se cansó de mis indecisiones, de mi miedo, de mi cobardía, y creo que con tal de no darme la satisfacción de verla u oírla podría llevar a cabo su decisión de matarse si no puede vencer el deseo de buscarme.

Su amenaza de suicidio hizo que mi temor se convirtiera en pánico, obligándome a vivir en un constante sobre-

salto. Durante todo este año, cada vez que mi aparato de beeper me avisaba que tenía un mensaje o mi asistente me informaba que tenía una llamada en línea, sentía mi cuerpo empapado de un sudor frío, creyendo que era ella quien intentaba comunicarme el fatídico anuncio. Solo al darme cuenta de que el aviso o la llamada procedían de otra persona, me volvía el alma al cuerpo. Era tan grande mi miedo a que materializara su amenaza que, para impedirselo, la llamaba frecuentemente.

Ahora, no puedo dejar de reprocharme el haber sido tan cruel con ella y, sobre todo, haber tenido la desfachatez de fingir que no sabía cuánto daño le provocaba.

Un día, años después de que me confesara su amor, le dije -Creo que te he ocasionado muchos sufrimientos.

-¿Ah, sí? ¿Lo descubriste ahora? ¿No me digas? Yo lo descubrí hace mucho tiempo.

Repito que ahora sí parece que no volverá a buscarme ni a intentar hablarme por teléfono, ni a escribirme.

¡Quién podría imaginar la angustia que me consume ante la evidencia de que nuestros lazos se han roto para siempre!

En medio del dolor que siento tras haberla perdido, he llegado a tener la conciencia plena del daño que le hice.

Hoy, sería capaz de olvidarme de todo y unirme a ella para siempre. Pero ya es tarde. Ella ya no quiere esa relación por la que estuvo esperando durante tantos años. Ella no quiere verme. Es más, no me ve. De esto tengo pruebas más que suficientes: muchas veces nos hemos cruzado en la calle; cuando me le he acercado para saludarla, me he dado cuenta de que no me está viendo y únicamente reacciona al escuchar mi voz; entonces, me saluda, pero su mirada es tan carente de expresión que tal parece que estuviera hablando sola y que mi voz le llega a través de una grabación. Lo mismo ha ocurrido cuando nos hemos encontrado en alguna actividad social: al parecer me he vuelto invisible, porque ni pensar en que ella ha perdido la vista, pues la veo conversar con otras personas y en esos momentos su mirada es otra, se nota a leguas que está mirando a sus interlocutores.

La más reciente muestra de que es solo a mí a quien no ve, la tuve la semana pasada: tras dos largos meses de no vernos, por fin, vino a la empresa, pero no pidió entrar a mi despacho y cuando miró hacia acá, ni siquiera me dirigió un saludo con la mano. Más tarde, cuando la supuse de vuelta en su casa, la llamé.

-¡Aló! -¡Cuánto me alegró escuchar su voz!

-¡Hola! ¿Por qué no me saludaste esta mañana?

-¿Cómo iba a hacerlo si no te ví?

-¿Cómo que no me viste? Por supuesto que me viste. Me di cuenta de que miraste hacia mi oficina.

-Te aseguro que no te vi. Cuando miré hacia tu oficina, estaba vacía. Sentí esas palabras como una puñalada en el centro del pecho. Definitivamente me he vuelto invisible para ella.

A partir de ese momento, pensé que mi único recurso para no perderla totalmente era mi voz. Sí, pensé, podré continuar vinculado a ella, aunque sólo sea a través del teléfono.

Desde la semana pasada, la llamé diariamente; a veces, varias veces al día. Pero, la sentía tan lejana o más bien, tan ajena a mí, que nuestras conversaciones me producían una enorme desazón.

Antes, ella siempre había mostrado el deseo de eternizar nuestros diálogos; sin embargo, en los últimos días, su mayor interés era terminar rápidamente la conversación, argumentando que se encontraba muy ocupada. Pero, convertido en un mendigo de su voz, insistía en llamarla, en hablarle, en preguntarle que si de verdad no me escribirá más, para oír, con dolor, su respuesta de que no, que nunca más me escribirá.

De todos modos, no pensaba renunciar a ese modo de vincularme a ella. Pero en la mañana de ayer me ocurrió algo que de ninguna manera esperaba: la llamé, sucedió lo siguiente:

-Aló -dijo ella.

-Hola, soy yo.

-Aló, aló, ¿quién es?

-Soy yo. ¿Es que no reconoces mi voz?

-Aló, ¿quién diablos es? Habla, animal, sin oficio, idiota...

-Pero soy yo. -Cuando pensé que volvería a escucharla, sentí el click del aparato telefónico.

¿Estará averiado su teléfono o es que no quiere responderme? Haciendo de tripas corazón, logré ocultar la angustia que me consumía por dentro, y, por primera vez, en lugar de llamarla directamente, le pedí a mi asistente que llamara a su casa y me pusiera en comunicación con ella. Como un vulgar espía, me puse a observar a mi secretaria mientras establecía la comunicación telefónica, y me di cuenta de que ella le había respondido.

-Un momento, van a hablarle -oí la voz de mi asistente-, Está en línea, señor.

- ¡Aló!

-¡Hola!

-¿Quién es? Aló, aló.

-Soy yo. ¿Cómo estás? ¿Qué haces? ¿Qué escribes?

¿Qué lees?... no me dejó continuar.

-¡Idiota, imbécil, animal, sin oficio!... y colgó.

Sin lugar a dudas, su servicio telefónico estaba bien, pero, por alguna inexplicable razón, ya no me escuchaba. Desde ese momento, me convencí de que tendría que conformarme con escucharla aunque fuese para soportar sus palabras insultantes. Cada vez que la llamaba, oía frases parecidas:

-¡Idiota! ¡Quienquiera que seas, vago!, ¿no tienes otra cosa mejor que hacer? ¡Deja ya de quitarme el tiempo! ¡Imbécil! No molestes más...

Durante toda la mañana, hice lo mismo, mas, a diferencia de las veces anteriores, en las últimas ocasiones en que sentí que levantaba el auricular, no la escuché insultando al estúpido que, en su opinión, se había dedicado a molestarla.

¡Dios mío!, ¿será que ella decidió permanecer callada para hacer más insoportable mi suplicio, y ya nunca más escucharé su voz? Sin lugar a dudas, así era. La llamé múltiples veces. Con los mismos resultados.

En el último intento que realicé ayer procurando escucharla, ya en lo máximo del desaliento, de nuevo, le pedí a mi secretaria que me comunicara con ella y supe

que mi asistente sí la había escuchado. Pero cuando tomé el teléfono ocurrió lo mismo que había sucedido durante todo el día: no la oí. En ese instante ocurrió un nuevo fenómeno: no escuché mi propia voz.

A partir de ese momento, no he vuelto a escucharme. Realizando un esfuerzo supremo, me puse a dictar varios trabajos a mi secretaria, la cual, con frecuencia, mirándome extrañada y con voz chillona me pedía que le repitiera algunas frases (¿por qué hasta ahora no me había percatado de cuán desagradable es la voz de mi secretaria?) Sé que los demás me escuchan y yo los oigo, mas no me escucho a mí mismo. Todas las personas con quienes hablo me miran con extrañeza. Desde que dejé de escucharme no puedo saber cuándo estoy hablando muy alto o muy bajito y solo me percató de eso cuando algunas personas (todas con voz desagradable) me dicen que suba el tono de voz o que lo baje. Desde el momento en que dejé de escucharla, todas las voces me resultan insoportables.

¡Dios mío!, ¿por qué puedo escuchar a los demás y a ella no? ¿Por qué no enmudecen todos?



Cuarto Premio

Las Bodas de Oro

Seudónimo: Noé

Autor: Franklin Álvarez

Con el atado de azucenas aún frescas en su mano derecha, con los restos de una sonrisa primaveral pintada en sus labios y con el pánico a morir reflejado en los ojos, Francisco López Castro, cayó de bruces cual gordo era, y ya en el suelo mojado de sangre, a pesar del terrible dolor que le desgarraba el pecho, le alcanzó el tiempo para pensar en ella, en los cincuenta años que precisamente hoy cumplían de casados y para perdonarle de todo corazón, el haber cometido un acto del cual estaba seguro que no era responsable y hasta pudo aún oír una voz muy lejana, pero muy familiar, que le dijo: Este maldito gavilán ya no comerá más pollos.

La conoció cuando era muy joven, una niña apenas, que aún no había cumplido los quince años, aunque desde

ese mismo instante, tuvo el convencimiento de que era la que anhelaba su corazón. De estatura más pequeña que grande, de pelo negro, revuelto y tan largo que le rozaba las bien contorneadas pantorrillas, de ojos color café con leche que le brillaban como dos cocuyos y con un rostro de una expresión muy difícil de definir, aunque nadie titubearía en calificarlo como hermoso y lo que fue constituyendo una verdad tan incontestable como un templo, era que el paso de los años y la fuerza de la costumbre, lo habían atado a ella irredimiblemente de manos y pies.

Andando el tiempo y bajo un aguacero que mandaba madre, se casaron y aunque no lograron tener ni un embarazo siquiera, esto en nada menoscabó su amor y como una forma de llenar el vacío que les producía la ausencia de hijos, se dieron a la crianza de gatos, llegando a tener en ocasiones más de cuarenta a la vez, de distintos pelajes y raleas, unos de raza y otros espurios, aunque todos sin distinción alguna, eran alimentados por la mano diligente de su ama y todos dormían en las tardes calurosas del pueblo, en una estera que ella misma les había tejido y había colocado debajo de su cama, siendo digno de ver el espectáculo que armaban todos aquellos animales apelotonados como si fuesen cardúmenes de peces.

Cuando la conoció, en vista de que no se le ocurrió otra cosa, lo primero que hizo, a pesar de su tartamudez y su

timidez imbatible, fue invitarla a dar un paseo en bicicleta. Recuerda que el día estaba soleado, fresco y extraordinariamente claro. Ella accedió sin pensarlo dos veces, se sentó en la barra, se recogió las faldas y con una sonrisa que apenas dejó asomar algunos de sus dientes, le dijo con determinación: ¡Vámonos!. Él arrancó con cierto trastabilleo, aunque prontamente tomó el control y estuvieron rodeando la plazoleta pública como dos tórtolos encantados, hasta que su padre se presentó súbitamente y a pescozones la desmontó de la misma. Ese día pasó el susto más grande de su vida; pero también su mayor alegría. En lo adelante, albergó el presentimiento de que aquella muchacha sería suya para siempre.

Había abandonado desde tempranas horas de la mañana la casa, no sin antes asearla, peinarle con esmero su larga cabellera, prepararle su desayuno y despedirse con un largo beso en la boca. Era todo un ritual, que llevaba a cabo de forma religiosa y sin ningún pesar, desde hacía ya unos años. A veces pensaba, y le parecía poco menos que increíble la forma en que fue aconteciendo todo aquello. Él, que la conoció en su juventud, podía dar fe acerca de su asombrosa inteligencia y de su memoria prodigiosa; pero sería cosa de cinco años a esta parte, que se ha ido deteriorando progresivamente, como un río que se va escurriendo gota a gota por entre las piedras y se fue agostando de una manera tal, que ya apenas puede caminar, y pronunciar débilmente algunas pocas palabras.

Era de maravillarse la manera en que ella entonces llamaba a sus gatos - aquellos a los que él se refería cuando estaba enojado, como los hijos que el diablo le dio, a cada uno por sus nombres. Era de ver cómo estos, que se apiñaban por docenas debajo de los muebles o se hallaban desparramados por los patios o sencillamente andaban al acecho de algún pájaro o algún periquito del vecindario, corrían como locos al oír la voz de su ama. Era digno de asombro, ver cómo podía retener en su mente todos aquellos animalejos, sin olvidar ninguno. "Olimpia, José, Miguel, Jacinto, Juan..." y sólo el diablo sabe cuántos más.

"Cómo pudo haber pasado esto?". Se ha interrogado tantas veces, que ya hace años que dejó de hacerlo. Simplemente se ha dado cuenta que es una más de las tantas preguntas que no tienen respuestas. Recuerda el día, ¿cómo poder olvidarlo?, que se le extravió el nombre del gato de los ojos azules. A él con frecuencia le ocurría, lo mismo, le daba tres pitos que fuese Rafael o Antonio o Misú, ¿qué importa? Para él todos eran lo mismo: ¡qué maldito gato, ni qué ocho cuartos!: pero para ella era su predilecto. Le había puesto Héctor, como el héroe griego y cómo le hubiese gustado que se llamase así su hijo... Otro día se le olvidaron los nombres de los gladiolos y de las orquídeas, las flores que le regaló el día del compromiso y peor aún, cosa que nunca, no recordó la fecha de su cumpleaños.

Ese día, él solo se quedó pensando y todavía hay días en que no puede dejar de pensar. A pesar de todo, lo del cumpleaños no le pareció ser en realidad una cosa tan grave. Total, a sus ochenta años, ya ni los quería recordar; pero lo del café sí revestía especial importancia. Esa mañana, esperó en la cama como lo había hecho por años. Ella lo había acostumbrado a llevárselo allí y solo luego de haberlo tomado, era cuando se disponía a prepararse para salir hacia el trabajo. Aunque estaba ya retirado desde hacía un tiempo, conservaba la costumbre. Luego iba al baño, se acicalaba, y salía a la calle a hacer cualquier cosa. Desesperado por la espera, por primera vez desde que se casaron, se levantó y fue a la cocina, y allí la encontró dando vueltas en círculos estúpidos, que formaban en el piso de cemento rústico numerosos ceros que no conducían a ningún lado, mientras buscaba a tientas como una ciega, en los lugares más inverosímiles el tarro del café que se hallaba en el lugar de siempre. Ese día, decidió acudir con ella cuanto antes al médico.

A pesar de que no fallaba nunca en la administración de sus medicinas, sin parar mientes en que en muchas ocasiones ella se resistía y era necesario entonces engañarla como si fuera una niña diciéndole que la llevaría de paseo o que le compraría un helado y solo sabe Dios cuántas tonterías más o en última instancia, forzarla a abrir la boca a su pesar y echársela, obligándola luego a tragarla apretándole la nariz, notaba que con el paso del

tiempo su deterioro era cada vez mayor. De aquella niña morena, que una vez montó en su bicicleta roja, y que le hubo robado violentamente su corazón, a esta vieja encorvada, prematuramente, arrugada como un papel deshecho y con la mente convertida en un revoltillo inútil, incapaz de distinguir una naranja de un limón, una silla de una mesa o el día de la noche, había una diferencia dolorosamente abismal.

Salió de la casa, en silencio, y caminó toda la calle hasta llegar a la floristería que estaba frente al cementerio. Allí, como esperaba, se encontró con el vendedor que antaño, le orientó sobre el tipo de flores propicia para la ocasión.

- En qué podemos ayudarle ? - le preguntó.

Era la misma pregunta que le formuló aquella vez y consciente de que no lo había reconocido, lo miró a los ojos por un rato, hasta que el otro cayó en cuenta.

- ¡ Mi amigo Francisco ! ¡ Cuánto tiempo !

Realmente no hacía tanto, venía cada año a comprarle las flores que le regalaba a ella en su cumpleaños y como cosa suya, siempre le preguntaba cuáles serían las más apropiada para colocar en la tumba de una madre. Lo hacía movido por un impulso incierto, ya que la suya nunca la conoció, y según le dijeron, la ente-

rraron en un campo de una ciudad de la frontera, de cuyo nombre nunca se enteró y así, sin mayores detalles, tuvo que cargar con una pena desde niño, que se lo hacía muy difícil de definir,

-Quiero flores para celebrar mis bodas de oro.

Volvió a rememorar la otra vez y le pareció que el tiempo de repente había dado un vuelco de tres-cientos sesenta grados, y había empezado de cero.

- ¿ Y ya han pasado cincuenta años ?

- Y de los buenos - le respondió.

El florista buscó en los archivos de su memoria, y se tropezó sin querer con un recuerdo doloroso, que le mordió el corazón tan fuerte, que no pudo evitar dos lágrimas.

- Y pensar que hace veinticinco años, se me perdió la mía.

- ¿Cuál sería la más apropiada ?, le preguntó sin oírlo y después de un rato de estar callado, aunque sin dejar de mirar las flores.

- La que le regalaste cuando se casaron.

Se pasó la mano por la cabeza, como si ese gesto pudiese avivarle la memoria. El vendedor continuó hablando:

- Las mujeres nunca olvidan lo que se le ha regalado por primera vez,

Estas palabras lo trajeron de golpe al presente, y pensó en su esposa de ahora y a él también le brotaron unas lágrimas.

- Y, ¿ por qué lloras ?

- Porque ya la mía no recuerda nada.

Entonces, se miraron a los ojos y no sin pesar concluyeron que eran apenas sobrevivientes desleídos de una época perdida de manera irrevocable. Luego ambos miraron las azucenas y quedaron de acuerdo de que eran las mismas que hace cincuenta años por mutuo acuerdo habían elegido.

- Llévatelas antes de que se pongan tristes.

Ahora pensaba no solo en las flores, sino también en el dulce de cajuil y las pechugas de pollo que le prepararía, en el vino, y en el vestido de novia que tenía colgado en el closet desde aquella ocasión y con el que pensaba revivir lo que fue aquel gran acontecimiento.

Lamentablemente, no estarían los miembros del cortejo, los familiares, el pastor Reid y los invitados y muchas otras cosas más, como el reloj de péndulo que le regaló el presidente Lilís a su abuela y que de haber estado en la casa les hubiera marcado, como la otra vez, la hora exacta, pero de él tuvo que deshacerse el año pasado por motivos económicos. Esta noche estarían solo ellos dos, Dios y los gatos, y con eso bastaba y sobraba.

Se detuvo frente a la casa. Repasó en su mente todo lo que había salido a buscar y le pareció que no le faltaba nada. Todo estaba dispuesto para pasar un día verdaderamente inolvidable. Sacó del bolsillo de su pantalón el manojito de llaves y se dispuso abrir la puerta; pero recordó que la había cerrado por dentro con dos grandes candados, en vista de que hacía tres semanas que ella salió sin él saber nada y anduvo perdida por las calles del pueblo durante horas, hasta que alguien la encontró y la trajo de regreso. Esas fueron horas de angustia, que a él le parecieron siglos. Entonces caminó hasta la ventana lateral y la haló. En los últimos días, había optado por hacerlo así. La dejada entornada y luego la abría y se introducía por ella como todo un experto ladrón. Cada vez que lo hacía le venía a la mente su abuela Dominga Pérez. Recuerda que esa vez ella estaba dormitando en su mecedora, cuando el sonido estrepitoso de sus zapatos la despertó.

- ¡Muchacho de Dios, carajo! - solo atinó a decir.

Él había saltado por la ventana, a pesar de que la puerta de la calle estaba abierta de par en par.

- No quiero volverte a ver haciendo eso más, continuó diciéndole la abuela, con la voz ahora algo quebrada y con una expresión de pánico en su rostro más que arrugado.

La abuela Dominga, a pesar de los años conservaba además de lucidez mental, un aplomo que era de asombrarse, pero esta vez le dio a él la impresión de que estaba al tris de perder los estribos.

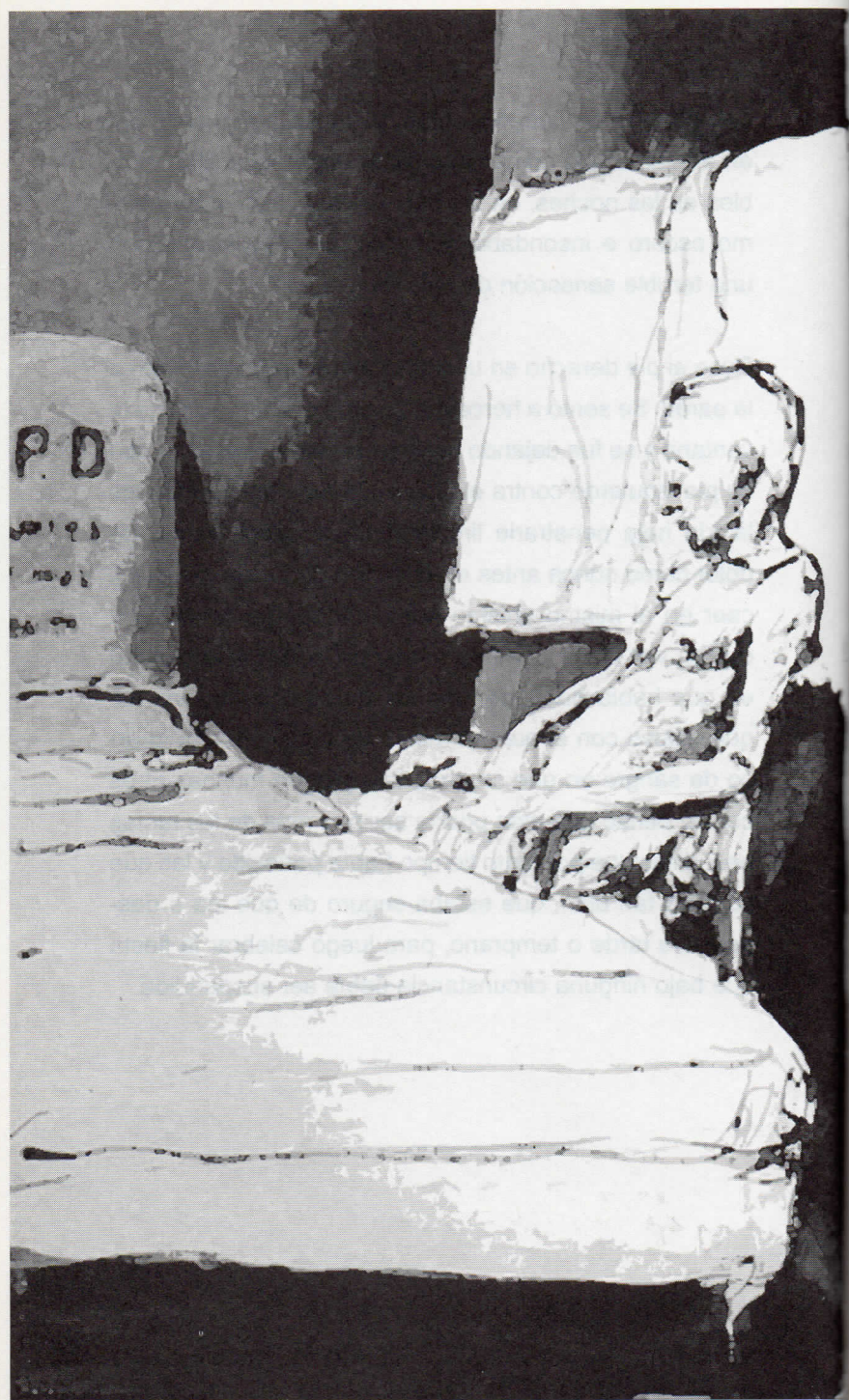
- Por entrar así por una ventana, fue que mataron a Rafael.

Se refería a su esposo, que fue muerto en casa de un amigo, supuestamente por confundirlo con un ladrón. Todo ocurrió, por hacerle un favor a su comadre, que tenía horas dando voces para que el compadre se levantara y le abriera la puerta, entonces él descerrajó una ventana y no bien hubo entrado, cuando éste lo atravesó con un arpón de pescador.

- Que sea la última vez que hagas esto, que ya esta familia no aguanta más desgracias. La abuela estaba al borde de un ataque de nervios, y por primera vez en su vida la vio llorar desconsoladamente.

Le prometió no hacerlo jamás, y piensa que fue de ahí en adelante que comenzó a tener unas pesadillas terribles en las noches, en las que se veía caer en un abismo oscuro e insondable y de las que despertaba con una terrible sensación de falta de aire.

Puso el pie derecho en una piedra que había arrimado a la pared. Se sentó a horcadas sobre el antepecho de la ventana y se fue dejando bajar lentamente hasta dar con su pie izquierdo contra el piso y ahí fue. Sintió entonces la fría hoja penetrarle limpiamente la carne. Sufrió un dolor como nunca antes en el centro de su ser. Se sintió caer en el mismo abismo por tanto tiempo conocido y oyó su voz clara y vio en medio de la densa oscuridad en que había quedado, una luz muy pequeña, una luz que estuvo con él aun en medio de aquel viscoso charco de sangre en que se ahogaba, y entre muchas otras cosas, pensó que esta podría ser otra más de las tantas pesadillas que por tanto tiempo había padecido y las que conocía tan bien, que estaba seguro de que iba a despertarse tarde o temprano, para luego celebrar la fiesta que bajo ninguna circunstancia debía ser suspendida.



Quinto Premio

Dos de Agosto

Seudónimo: Astrúbal El Mago

Autor: Hyden Carrón

a Laura, eternamente

*"El asunto no es olvidar,
sino saber recordar..."*

Eliseo Alberto

1 . Aquel pasillo parece eterno. Blanco, estérilmente blanco, con sus lámparas de halógeno, su piso reluciente, sus paredes ásperas y estrechas. Camina lentamente pero deseando que el trayecto se acabe lo antes posible. Siente sus piernas temblorosas, su rostro que le quema por el ardor del llanto... su soledad.

Camina como si el mundo dependiera de esa marcha, su mente no tiene capacidad para ocuparse de nada más. Es él y ese pasillo perpetuo que lo lleva a encontrarse cara a cara con la muerte.

Todo lo supo desde un principio, desde las primeras palabras, desde ese patético intento por encajar. Lo vio en sus ojos, en esa manera torpe y segura de caminar. Sí, fue una certeza tan clara que pronto la olvidó.

Duda entre seguir o simplemente quedarse parado, situarse al borde del pasillo y esperar...¿esperar qué? se pregunta. Además algo decide por él: sus piernas se agitan vacilantes, pesadas como plomo, pero con voluntad autónoma de seguir avanzando.

Lo supo y lo olvidó, igual como siempre sabemos que todos vamos a morir y aunque la realidad nos asalta en ciertos momentos de lucidez, andamos por la vida como si fuera eterna. Lo intuyó con esa trágica seguridad que suele presagiar algún ocaso.

Y mientras camina por ese interminable pasillo, se repite una y otra vez que lo sabía, que las señales fueron suficientes y que no pudo aprovecharlas. Lo repite como una letanía, como si el haberlo sabido de alguna manera lo vacunara de lo que irremediamente iba a ver.

De pronto, sin avisos ni preámbulos, descubre que el pasillo termina. Ve la puerta, el piso de cemento del par-

queo, la furgoneta, las luces, el féretro. Sus piernas tiemblan de tal forma que lo obligan a apoyarse en el borde de la puerta. Sus ojos se quedan fijos, blancos, dilatados. La luz del parqueo le impide ver... ¿o serán las lágrimas que ya comienzan a invadirle como un torrente de lava sobre su rostro? Las piernas no responden, ni los brazos, ni los ojos. Quiere moverse, quiere terminar con todo aquello, quiere ir y ver lo que siempre supo. Cae al suelo, las piernas por fin han abandonado la batalla, alguien viene corriendo en su ayuda, no puede ver nada, una especie de blanca oscuridad lo paraliza... luego, luego... la niebla.

2. Una montaña de pelos le cubre la cara cuando se dispone a escribir. Sistemáticamente se pasa la mano por el rostro para poner a raya a los mechones rebeldes y colocarlos detrás de sus orejas.

Pone atención, el profesor diserta infinitamente sobre la misma idea, mas sus ojos permanecen fijos, atentos. De cuando en cuando hace una mueca con los labios para liberar un poco su boca acorada de la prisión de sus frenillos.

La clase termina y ella comienza la infinita tarea de recoger todos sus útiles, anotar en su pequeño cuadercito "Jean Book" con tapa rosada, todo lo que piensa hacer durante el día. Alguien la observa, puede sentirlo sobre los mechones de cabello que le imposibilitan la

visión. Sigue escribiendo, como si se escondiera, como esperando que esos ojos fijos en ella desaparecieran sin descubrirla. Pero no puede escapar. Siente que la mirada la recorre, la desnuda. Sí, esos ojos saben lo que piensa, su esfuerzo, su mentira. Lo saben desde siempre y no hay forma de esconderse o negarlo.

Cuando levanta la vista ya los ojos (vestidos con rostro, brazos y piernas) están frente a su butaca esperando para hablarle. Unas cuantas palabras y ella no se contuvo, le soltó todo su misterio a esos ojos que ya sabían pero que no la conocían. Se lo dijo como una ráfaga, como un vómito de confesiones. Sin pensarlo, se lo dijo con su pelo, con sus manos firmes y rígidas, y hasta con esos malditos alambres que tenía enredados por toda su boca. Le contó su sueño, su afán, el cómo no quería estar allí, en esa clase con aquella gente, su sacrificio para luego poder hacer, por fin, lo que quería... bueno, todo.

Luego calló y el silencio cubrió como un manto toda el aula, se le vio incrustarse en las butacas, borrar el pizarrón y luego posarse suavemente en medio de los dos.

El dijo algo, quizás muchas cosas, pero lo cierto era que todo estaba dicho. Se había desnudado ante esos ojos que ya sabían, que no la conocían, pero que sería lo últi-

mo que vería cuando una mañana como cualquier otra, los cálculos le fallaron y el tiempo, vestido de negro, vino a cobrar (con intereses incluidos) todo lo desaprovechado.

3. Cuando despierta, aún aturdido por los sedantes, siente como le arden los ojos y todo el rostro. Ha de haber llorado mucho mientras dormía, inconscientemente su cuerpo se derramaba hacia el exterior para no explotar como una olla de presión. Oye unos pasos del otro lado de la puerta de su habitación. Su mente se va despejando y comprende que es su madre que patrulla su sueño intentando arrebatárle algo de pesar aún a cambio de sufrirlo ella misma. Mira a su alrededor y se da cuenta que es de día, no le importa que hora será: el tiempo deja de tener sentido cuando nada se espera de él. Enciende un cigarrillo instintivamente, se incorpora y siente el mareo de los sedantes.

¿Cuántas veces lo hablaron? ¿De cuántas formas trató de hacerle entender que la vida es una sola y que siempre funciona como un borrador sin corregir, que no hay red de salvación y que sólo el salto al vacío, al misterio, puede ponernos en el camino de nuestro destino?

Su madre sigue merodeando en las afueras de su cuarto, puede sentirla dudando entre entrar o esperar que él decida salir. Pobrecita, no podría entender (y él no conseguiría explicarle nunca) que lo sabía, que siempre lo

supo y que todo esto no venía a ser más que una confirmación de lo que ya había aceptado desde hace tiempo.

El cigarrillo le quema los dedos, lo apaga y enciende otro mientras busca sus sandalias. Se siente solo, calmado, como si esperase que ella lo llamara por teléfono en cualquier momento. Sale de la habitación, resignado ya a cumplir los ritos de la muerte.

4. El truco está en el movimiento, aprovechar el tiempo, seguir. Si para un instante a pensarlo, probablemente no encontrará la fuerza para ponerse en marcha nuevamente. Es como en una carrera o en la escalada de una montaña: si se detiene uno un momento para recuperar el aliento, el cuerpo se enfría, los músculos se entumescen y reanudar la marcha cuesta el doble de trabajo. Lo aconsejable es no detenerse, avanzar, a veces sin saber hacia dónde... todo el truco está en el movimiento.

Piensa esto mientras camina a grandes pasos hacia su carro. Repasa mentalmente su agenda: tomar el auto (la calle del Botánico está más despejada a estas horas y necesita cada minuto), llegar a su casa, tiene 15 minutos para comer, luego llamarlo (10 minutos máximo), preparar su mochila, ir al teatro, ensayar, ir a buscar la fotocopia para la práctica de mañana (la amiga de la práctica habla mucho, debe pensar en cómo cortarle la lengua), luego la casa, hacer la jodida práctica, él la visitará como a las diez y seguro se marcha pasadas las

doce, repasar el libreto, terminar la práctica y a dormir.

Es la carrera que se ha impuesto y lo sabe. No es solamente un sacrificio para alcanzar su meta, es su forma, su eterna lucha contra un reloj que, con cada tic tac, le avisa que el tiempo se acaba.

Esa fue una de las cosas que más le costó aceptar de él, su paciencia: esa forma que tiene de sentarse, encender un cigarrillo y estar. Sí, estar simplemente, dando a paso a aquellas conversaciones que la hacían detenerse y que la distraían del eterno tic tae de su batalla.

Recuerda bien cuando fue la primera vez que se percató de que el reloj perdía sentido en su pre-sencia, perdía fuerzas, se desvanecía. Fue mientras hacían el amor. Ella siempre mantenía el control en esos asuntos del cuerpo. Se entregaba sí, pero siempre ajustaba esa entrega, la incorporaba a su agenda, podía medirla y evaluarla. Los ojos lo sabían, al igual que adivinaron su misterio desde el primer día.

Fue una noche como tantas otras (con luna o sin luna, a quién le importa), en el mismo cuarto del mismo motel, él encima de ella, como de costumbre. De pronto sintió algo más, los ojos la miraban detenidamente, le arrancaban dulcemente la piel, derrumbaban una a una sus murallas. ¿Cómo resistirse a esos ojos? ¿Cómo esconderse?

Y pasó: la sensación la invadió como un río turbulento, la

recorrió lentamente surcando sus secretos, se detuvo en sus senos pequeños, se acurrucó en su pubis caliente, jugueteó con su pelo y luego se quedó inmóvil. Entonces comprendió, se abrazó a él como a un tronco en medio de la marejada. Los ojos la seguían mirando, llamándola hacia el túnel hermoso y aterrador del descontrol. Miró el impúdico espejo del techo del cuarto e intentó escuchar el tic tac. No estaba, se había esfumado junto con su control, los ojos la habían liberado, pero ¿y ahora qué?

Se echó a llorar con unas lágrimas pesadas y ácidas, oía de lejos que él le preguntaba qué le pasaba, trató de hablar pero nada le funcionaba sin su incansable tic tac. El optó por abrazarla, acarició su pelo, su cuerpo desnudo y le secó las lágrimas con la sábana.

Amainado el torrente, la pregunta surgió nuevamente, esta vez desde mucho más cerca. Ella sólo atinó a mirar el suelo y decir: "siento que voy a morir muy joven".

5. Luego de los ritos de la muerte que cada sociedad impone a los que se quedan, surge un período de aparente indiferencia u olvido. No es que se espere que las personas superen una pérdida en cuestión de días, sino simplemente que el día a día no admite -ni puede admitir- las eflexiones paralizantes que suponen la constatación cercana de la muerte.

Seguir trabajando, estudiando, haciendo lo que uno hace en la cotidianidad, funciona como un imperativo social

que se supone terapéutico.

El siguió, mal que bien, su rutina; se destacó en su trabajo; termino' sus estudios, demostrando un grado ejemplar de madurez. Pero, a eso de las cinco de la tarde, cuando sale del trabajo, un ente no identificado guía el volante de su auto hacia la carretera Duarte, dobla a la derecha y sin saber cómo ni por qué, diariamente se encuentra aparcado en el cementerio frente a su tumba. Trata de hacer lo que tantas veces hemos visto en las películas: hablar, contarle sobre nuestra vida a un montón de cemento rodeado de flores con una lá-pida que anuncia un mensaje religioso para la fa-llecida.

No la siente, está parado frente a la tumba, parloteando, llorando a veces, pero en su interior sólo hay un enorme vacío. Al final se sienta en el muro de la tumba, enciende un cigarrillo y espera...

Esa mañana despertó sobresaltada, se le había hecho tarde (como siempre), debía cambiarse a volandas, coger el auto y salir disparada hacia el trabajo. Mientras se lava los dientes piensa que pronto todo acabará: terminará la estúpida carrera de ingeniería, ahorré lo suficiente y podría irse con él a estudiar, a trabajar, en fin, a vivir. Recoge sus papeles y sale caminando hacia el auto. Ni siquiera tiene tiempo de despedirse de sus padres; total, siempre hay un después para ponerse al día.

Sentado en el muro de la tumba, mira al vacío atontado con el humo del cigarrillo. No comprende, no quiere comprender. Lo sabía, pero cuesta convencerse de que la vida es una apuesta que muchas veces se pierde y otras pocas se empata.

Una vez en el trabajo se embutió en el embrollo de problemas y soluciones de cada día. Ya queda poco, piensa con cierto alivio, pronto podrá desprenderse de toda esa mierda. Se levantó fue a buscar un café a la cocina de la empresa. Se entretuvo hablando con una de las compañeras que trataba de convencerla de que se apuntara en un 'san'. No lo intuyó, no recibió ninguna premonición trágica, su vida no pasó como un rayo de luz delante de sus ojos. Además ¿qué hubiese cambiado?, ¿qué habría podido hacer en esos escasos minutos?

En el cementerio ya casi no queda nadie, el sol se va ocultando y todos saben que no es seguro quedarse después que oscurece. Él continúa esperando, no sabe qué, pero no consigue las fuerzas para pararse, montar en su vehículo y volver a la vida.

Todo fue muy suave, dulce podríamos decir, si no se refiriera a estas circunstancias. Se sentó en su cubículo, organizó sus papeles y se dispuso a sacar unas cuentas. Alguien le habló desde muy lejos, no prestó atención, su cabeza fue acercándose al teclado del computador con

una partimonia casi calculada. Derramó el café sobre los papeles, un río de orines calentó sus pantalones negros. Se sintió cómoda, no gritó ni llamó a nadie, tampoco opuso resistencia alguna. Vino la calma y se entregó a ella. No hubo últimas palabras ni deseos, creyó ver los ojos que la habían liberado. Al final solo quedó su rostro dibujando una media sonrisa: el tic tac había cesado por completo.

Las últimas luces de la tarde tiñen de cobre la lápida de la tumba. Él sigue sentado en el muro, se estremece con una brisa fría que lo recorre de repente. Solo, sin ninguna sorpresa y como si siempre hubiese planeado ese momento, enciende un cigarrillo, junta las manos en disposición de plegaria y con calma se apresura a hacer las paces con Dios o su equivalente.

2.

Menciones de Honor

Primera Mención

Final Final

Seudónimo: Pigmalión

Autor: Rosa Julia Vargas

Lo primero que vio al abrir los ojos fue 5:57 AM pregonado en luz verde en el reloj digital integrado al televisor, y los albores de un día que se perfilaba soleado a juzgar por la intensidad del primer asomo. Se percibió viva, despierta, a una hora que solía ser la de su mejor sueño. Qué día es hoy, se dijo, mientras determinaba ponerse en pie y le volvía de golpe el suplicio que la había postrado por ¿cuántos días?.

Hacia más de dos meses que las llamadas ya empezaban a escasear y las excusas proliferaban. Para comprobar que no se engañaba a sí misma, comenzó a dibujar en un calendario un corazón que identificaba el día en que él llamaba, hasta confirmar una noche que habían

transcurrido dos semanas completas desde el último corazón. Su organismo comenzó a lucir estragado por la espera que durante horas, día y noche, la mantenía en un estado de tensión que todos a su alrededor comenzaron a notar. Fue entonces cuando empezó a suplir con lo suyo todo lo que en esa relación faltaba, como un requerimiento de su estabilidad emocional. Su trabajo exigía sonrisas y concentración, y no debía seguir mostrando ese gesto preocupado que se robaba lo mejor de su expresión y la base de su desempeño. De todas maneras ella era una mujer moderna, no necesitaba como las de generaciones anteriores retorcerse las entrañas con su táctica de hacerse la difícil. Aunque esa creciente indiferencia de su amado ante sus iniciativas y la canción de Mona que sonaba en esos días, la puso a pensar que quizás eran ellas las que tenían razón, "Dime que nooo... y me tendrás pensando todo el día en ti... clávame una duda... y me quedaré a tu lado..."

Ahora se daba cuenta que fue un error salir a buscarlo, adivinándolo en los lugares en los cuales solían coincidir cuando el interés -de ambos- estaba al rojo vivo. Parece que es cierto que el amor entre hombre y mujer es como un embudo, donde cada quién comienza en un extremo y se desplaza hacia el otro, el de ellos comienza en la parte ancha y se desliza hacia lo angosto y el de ellas, viceversa. Eterna tragedia.

Mientras más crecía en ella el dolor por su ausencia más se lucía él con su indiferencia. Si sólo hubiera podido

entretener la angustia, dominar la nostalgia, controlar la intensidad con que deseaba oírlo, verlo, lamerlo, abrazarlo, contemplarlo, olerlo..., si solo hubiera algo en el mundo comparable al sabor de sus besos, lo buscaría donde fuera. Pero no existía en ninguna parte, lo comprobaba cada vez que salía, hasta acabar haciéndolo para evitar la tortura de comprobar que no era para ella cada timbrazo que corría a levantar. Luego comenzó la guerra esa en su cabeza, esa lucha entre motivos de la razón y razones del corazón, esa duermevela que le negaba el descanso que su cuerpo necesitaba para cumplir con un trabajo al que asistía como una sombra somnolienta, triste, malhumorada, con náuseas que simulaban resaca de haber mezclado cervezas y algún tinto, cuando en verdad la mezcla era de amarguras y traspasos.

El alma angustiada es la que recibe virus, este llegó a justificar su permanencia en cama y la hizo perder la conciencia del tiempo transcurrido, que era ahora una nebulosa de días grises, fiebres, tisanas, desvaríos y "bébete esto". hasta la mañana de hoy en que los números verdes de un reloj le indicaron su vuelta a la vida, con la sensación de haber sido expulsada de un vórtice. Por suerte nació después de los antibióticos, pues de otra manera el mal de amor la hubiera matado de tuberculosis como a los que amaban mucho en épocas pasadas. Se puso de pie, el espejo no le redituó el esfuerzo de ponérsele enfrente, una figura escuálida y

marchita la miró con pena, mientras una voz de las incondicionalmente aprobadoras resonaba en sus oídos, "Tienes que alimentarte". Comenzó a reconocer su pelo entre esas mechas de sudores acumulados, y las ojeras, y la humedad colgando en su nariz,, y las huellas de anteriores secreciones manchando la camiseta blanca que te servía de pijama, completaban una imagen miserable dictada por la autocompasión. Sin embargo, comenzó a gustarle el fulgor triste, el fulgor nuevo de esos ojos que la observaban desde su embalaje estropeado, y trató de componer en ese reflejo, como si se tratara de una escena ajena, su imagen de mujer resuelta. La gruesa gota en la que se transformó el brillo de sus ojos luchando por unos instantes con la gravedad, casi la hacen regresar al punto de partida, pero la complaciente benevolencia con que suelen percibirse los humanos ,sobre las superficies brillantes, la llenó de vigor.

Haría una carta para terminar, ella, lo que hacía semanas había acabado. Escribió, Maldito, si por lo menos hubiera expresado una razón y no ese eterno alegato de que no pasa nada, argumentaba, mientras se derramaba en una retahíla de insultos impronunciables, regodeándose en los que el parecer le señalaba más hirientes. No sintió ningún alivio, la carta no parecía una salida honorable, la rompió. Y fue cuando se le ocurrió la forma de decir su última palabra. Llamó al trabajo, regresaría a partir del lunes; recuperada, pondría pronto al día

su semana de ausencia. Luego a la oficina amado para cerciorarse que estaría allá al día siguiente. Se pasó el resto del jueves mimándose con la estilista en casa, se encargó del pelo con champú de melocotón, pedicura, manicura, ningún vello mal puesto en cejas, piernas o axilas, permitió a la madre realizar el papel de mamá gallina desplegando el abanico de sus recetas, jugos de fruta, sopas de pollo y hasta dejó que la peinara. Al anochecer preparó lo que faltaba con blondor y agua oxigenada de veinte volúmenes, dejó que el decolorante hiciera su efecto hasta lograr blancura total. Después se fue a la cama con buen ánimo, color en las mejillas y envuelta en el aura narcíscas de la mezcla de su olor con el olor del gel de melocotón. Durmió como no lo había hecho en meses, como un bebé seco y satisfecho.

Casi a las seis de la tarde del otro día llegó a la oficina del amado, pasó sin anunciarse permaneciendo de pie al lado del sillón frente al escritorio, mientras pronunciaba un saludo de conocido casual y él le respondía en el mismo tono. Ella dijo, no has llamado, con reproche. He tenido mucho trabajo, contestó él, cortés, siéntate. No se sentó..., en cambio, con un movimiento leonino combinando extremidades mostró íntegra la pierna izquierda a través de la abertura de una falda pareo cuyos pliegues completaban la alusión a estatua griega que su pose insinuaba. En los ojos de él se dibujó el asombro de Pigmalión ante Galatea mientras recorría con avaricia el tramo de piel expuesta, y sin dejar de mirarla levantó el

teléfono. Luisa, puede irse, hasta el lunes. Hasta el lunes señor, se oyó en el intercom. Ella sonrió sosteniendo la mirada y disfrutando los últimos vestigios de su antiguo poder. Sin gorritos no hay cumpleaños, le dijo traviesa, iré al carro a buscarlos. No tardes, dijo él cruzando las piernas.

Con esa cara pálida y ansiosa lo archivó para siempre en el historial de su vida. Ahí quedó, la boca entreabierta se le hacía agua, y en el paladar... ese sabor a idiotez que le dejó esta despedida. Lo peor fue ese último esfuerzo, cada paso a la salida una lucha mortal contra ese atractivo que la tenía toda descompuesta, que le tenía la vida en desorden. Eso no bastaba. Y es por eso que preparó ese artificio la noche anterior, para no sucumbir. Ninguna mujer presumida le asestaría bajo ningún concepto un golpe tan contundente a su feminidad, ninguna mujer se dejaría ver de nadie el pubis descolorido, la cuca de anciana.

Segunda Mención

Piel de Crepúsculo

Seudónimo: María Moñito

Autora: Silvia Di Franco

*¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por paga
o el que paga por pecar?*

Sor Juana Inés de la Cruz

I

La tarde del sábado la mujer se levantó de su larga siesta sintiendo todavía los estragos de la resaca. Se miró en el espejo del baño y pensó, " qué vida de mierda ". Dio una vuelta, abrió la guindadera de su ropa, cubierta con unas cortinas estampadas y mecánicamente se embutió en el traje nuevo. Todavía, con el resto de la resaca al hombro, se abrió paso deslizándose hacia la parte baja de la ciudad. La calle, que ya comenzaba a serle fami-

liar, estaba tranquila. Al llegar al bar, abrió la puerta divisando un lugar en la barra para sentarse. El salón estaba todavía vacío, una mujer limpiaba y el camarero daba los últimos toques a las mesas. Entonces decidió quedarse afuera parada bajo un letrero pintado a mano en la pared: "Bar el Paraíso". La noche caía lluviosa, estallando en el fondo del crepúsculo. Las nubes apenas dejaban pasar una tenue luz buscando afanosa el cuerpo de la mujer. Recostada sobre la espalda deshilaba sueños para entretejerlos de nuevo. De sobra conocía la sensación ácida que le subía desde el fondo de la garganta. Se ahogaba. El bar se había convertido en su guarida desde el día en que llegó, huyendo del desafío de enfrentarse con él nuevamente. No alcanzaba a comprender si algún día conocería de nuevo el goce del asombro o si por el contrario se sumergiría en una muerte en vida. Recordaba muy bien su pasado. Era una historia de tropiezos, de caídas, de tribulaciones y desdichas, como si el destino violentándose en una pirueta macabra quisiera vengarse de ella. Pensaba, en los años de estudiante pasados en una universidad, cuando hechizada conoció los secretos del amor que rallaban en la ficción. Pensaba en Julián, cuando juntos disfrutaban las banalidades de la vida. ¿Ahora, qué? El juego de la misma vida la consumía como arena diluida por el retozo del mar. Se veía a sí misma como las hojas de otoño arrastradas por el temporal, para luego quedar sumida en un silencio sin tiempo. Atrapada en sus cavilaciones, la música, de un amargue de la Landín, nadando en el

ambiente, quebró por un instante el silencio, transportándola a su jodido mundo de cartón.

*Miseria que llevo en la vida hace mucho tiempo
como una tragedia escondida en mi sufrimiento ...*

Sonaba la vellonera. Desde un rincón un borracho tarareaba la canción. Aprovechando el ensimismamiento de la mujer, se acercó al oído a invitarla ... lívido de cólera al sentirse despreciado le vociferó: "Putas de mierda". Aferrándose a su cintura. Ella reaccionó con la destreza que le daba la vida y masticando la ira que la mordía, sacó una navaja y lo empujó con decisión hasta que él, tambaleante, desapareció en el viento de la noche. La mujer esbozó una sonrisa y cerrando los ojos por un instante se sintió feliz al recordar, obsesionada, al hombre que encendió un día el amor que aún le mordía el pecho. Con el pie apoyado en ángulo recto contra la pared el hastío fue dando paso, poco a poco, a un estado de abandono relajante. El brillo de la luna chorreaba en azul sobre su cuerpo que en la quietud, semejava una estatua de sal. Aquel instante quedó grabado en él para no abandonarlo más. En la penumbra ella miró el reloj con impaciencia. Las once de la noche. La llovizna caía suavemente. Decidió entrar.

II

Yo andaba solo, parado a cierta distancia apenas podía verla a través del cristal humedecido de mi carro. Salí de

él y la seguí en el momento que entraba en el bullicio del bar. La reconocí, no quedaba duda, era ella. Me senté en la penumbra de un rincón, como si no existiera. Sentí temor ante la perspectiva de una escena que mis ojos no querían ver. Pero ahora estaba ahí, desafiando mi cobardía, que pienso, no era más que dolor y rabia contenida por la impotencia. Un desfile de incógnitas pasaban por mi mente. Mi facultad de pensar en ese amasijo de gente y ruido disminuía. Mis ojos, clavados en ella la siguieron mientras se dirigía a la pista. Entonces taciturno desde el rincón me quedé absorto contemplándola. Me desconcertó su inesperada desenvoltura. Alta, joven, más delgada que cuando la conocí. El pelo negro recortado en ondas resaltaba un rostro exótico, de labios carnosos, cejas bien delineadas enmarcando unos pómulos salientes, descansaba sobre un largo cuello que perfilaba una elegancia exquisita. Lamiéndole el cuerpo un traje de colores reflejaba las luces que entrecruzaban miles de entretejidos hilos. Del escote profundo casi brotaban dos turgentes pezones coronando unas tetas siliconadas. Por la minifalda asomaban las piernas casi perfectas. Sus ojos desintegrados en mil fulgores, semejaban un bodegón de Braque. Respiraba agitadamente cuando, de pronto, una lágrima arrastró por sus mejillas un hilo de rimmel que esbozaba un dejo de tristeza imperceptible. Bailaba contoneando su cuerpo como poseída por la diosa dominadora de la serpiente. El humo de la escena la envolvía en un espiral de "éxtasis" y de locura. Desde una mesa al costado del bar se

oían voces de borracho vociferando. "En tu humo está el cielo, morena, quiero bailar contigo"... "quiero dormirme en tus labios, dame tu risa mamacita". El conjunto siguió tocando un son montuno. Ella se movía con un ritmo eufórico, deslizándose por sus caderas la espuma del deseo. Era una escena surrealista.

III

Yo lo había planificado todo como la partida de ajedrez de una mente lúcida obsesionada por la victoria, pues mi único afán era encontrarla. Tenía un desafío por delante y no lo cumpliría hasta dar con el misterioso paradero de ella. Durante días enteros deambulé por las calles corriendo tras un espejismo sin respuesta, detrás de un fantasma que se desvanecía como una sombra se pierde al atardecer. Caminé hasta su casa. Era tarde, entonces, tirado en un sillón, en la semipenumbra que filtra la ventana, cerró los ojos con un sentimiento de frustración. Insomne por el quejido de su corazón se enterró en el pasado. Vueltas y vueltas a su memoria obstinado en racionalizar los sentimientos que sudaban los poros de su piel. No alcanzaba a comprender qué había fallado. Pensaba hasta la obsesión. ¿Por qué, por qué este silencio?, me pregunté tantas veces como pude hasta sentir la cabeza taladrada por incógnitas, a punto de estallar. Cómo había podido pasar tanto tiempo hincado por sus recuerdos y lo peor de todo, ¿qué había hecho para impedir su ausencia? ¿No me había hecho

adicto al silencio culpable que me engullía por las noches en compañía de la soledad?

Caminó de un lado a otro por la habitación. Tomó su retrato en las manos y por largo rato clavó sus pupilas en las de ella como quien interroga un libro que no comprende. Pero eran los ojos de ella los que parecían interrogarlo, gritarle, yo también estoy sufriendo. En ese momento se llenó de rubor y se sintió culpable, le parecía grotesco su papel de espía..

Entonces, supo el secreto que la desvinculó de él. Su ansiedad se convertía en rabia, en rencor, en un odio irracional. Hubiera preferido su sinceridad a la huida cobarde que la arrastraba sin razón aparente hasta desaparecer de su vida. No obstante, sentía celos de la mujer que creyó suya y que ahora era víctima de su propia traición.

Fue la noche en que vagando por la calle la divisó desde su carro y la encontró en el bar. Se sentó sin prisa a contemplarla, ocultando su incredulidad, hasta el final del espectáculo. Se encontraron frente a frente. Le pareció sentir su olor de hembra en celo acrecentando su odio. Pasaron segundos difíciles de precisar. Afuera seguía lloviendo, los relámpagos iluminaban con insistencia como si el cielo llorara aquella tragedia.

Espantada por la presencia de Julán intentó escapar pero el cuerpo le flaqueaba. Sin quererlo sus piernas se

clavaron al suelo. El adoptando una pose desafiante le rugía: "Maldita puta de mierda" y halándola con rabia por el brazo, la sentó en una mesa. Los reproches seguían saliendo con vehemencia, resonando en el salón desierto y su mirada inquisitiva trataba de hacerla arrojar hasta su último sentimiento. Aún así, ella no estaba dispuesta a soportar la humillación a que él la sometía y mezclada con el olor a whisky sus respuestas cortantes lo sacaban de quicio. Julián hizo un ademán para abofetearla. Se contuvo. Mientras ella iracunda, secando el sudor de su mejilla con el dorso de la mano decía. "No tienes argumentos para juzgarme ". Sus ojos se encontraron en la frontera que separa el odio y la pasión. Bebieron hasta no sentir sus cuerpos. Enloquecido ante el pensamiento de perderla de nuevo comenzó a dudar de su actitud. Cruzaron el salón y se perdieron en la noche.

IV

Aquellos tiempos, cuando estudiábamos juntos tenían la ilusión del heroísmo. Por desgracia no era la muchacha con la madurez que aparentaba, capaz de amarrarme a un sueño inalcanzable. Entonces, de sus ojos brotaron luciérnagas encendidas rodando lentamente, mojando el alma de Julián. Vaciló un momento, no sabía cómo iba a continuar... Buscaba una señal de comprensión en los ojos de él. Él, al que había amado con la desnudez de la inocencia. Desde la muerte de su madre los estudios se habían vuelto para ella una obsesión imposible, temía

por sus hermanos, por ella misma, por la soledad en que la envolvió la partida de él, por todo un futuro de incertidumbres. Apenas fui capaz de contar lo que aconteció después. Si hubiera sido económicamente independiente, dijo ... apagando tranquilamente el cigarrillo y continuó... Sabes cómo era mí padre, un hombre rudo, de actitud indiferente, aparecía por casa como el flujo y reflujo del mar. Francamente, bajo ninguna circunstancia podía contar con él. Recuerdo que en esos días de crisis apareció Susana dispuesta a involucrarme en una nueva vida, sería una estupenda aventura, fiestas, pachangas y diversiones. Iríamos a un lugar situado en el norte que nos brindaría increíbles oportunidades. Hizo una pausa y comentó ... Así comenzó mi extraña metamorfosis que quisiera sepultar en el olvido. Todo por ganar algún dinero. Fue un desafío para mí, comprendes, por primera vez en la vida tendría una posibilidad después de tanto tiempo sin trabajo. En unos días arreglamos nuestras cosas para la partida. A la llegada, con inquietud, atravesamos el umbral de una vieja casona, donde residía la "doña" como la llamaban en el lugar. Encendió otro cigarrillo y continuó, yo estaba ingenua de las intenciones de Susana aunque ella acusaba cierto aire de libertad, ahora me doy cuenta que disimulaba muy bien su vida curtida en el submundo de la mezquindad. Con el tiempo supe que actuaba bajo la manipulación de su "chulo". La casona daba una sensación acogedora ... Julián sentado frente a ella, levantó la cabeza ligeramente, en atención al más mínimo

detalle que salía de sus labios. Lentamente, ella continuó. Las circunstancias me fueron llevando a esta nueva vida. Todas las noches desde el salón de recibo llegaba una algarabía de voces que se sofocaban mutuamente, tal vez, para sentirse vivos; nosotras siempre vestidas con la típica indumentaria de las putas refinadas. Hasta que un hombre a quien no conocía, apareció para salir conmigo, Era el mismo que luego se convertiría en mi verdugo.... "mi chulo", dijo como arrastrando las palabras. Así quedó cerrada la época de divertirme por mi cuenta. Desde entonces estoy acorralada. Pasó el tiempo hasta que una noche me llevó a un bar en un lujoso carro. Me fui con él creyendo encontrar la misma rutina. El hombre hablaba sin parar de mi futuro, de mi vida, del lugar, del espectáculo maravilloso que reservó para mí.. El mismo que se repetiría sin opciones una y otra vez. Ya en la pista, deslumbrada por los colores de las luces bailé hasta el agotamiento, contoneando mi vientre, mis brazos, mi cuerpo entero al compás de una danza insinuante. Esa noche bailé con la fuerza que me brindaba el "éxtasis". Aquel hombre clavando su mirada en mí, me obligaba a seguir. En ese momento había perdido mi facultad de rebeldía. Muchachos enloquecidos agarraban mis tetas, mis piernas, mis nalgas, ante la impunidad de él, los hombres gritaban sofocados por la lascivia. Al terminar el espectáculo fuimos a su guarida para hacer el sexo. Fue un sexo bestial entre tres, esposada en la cama comenzó el juego sadomasoquista. Mi cuerpo quedó lastimado por la violencia de los dos. En ese

momento el miedo era aterrador. Entonces sentí que la vergüenza corría por debajo de mi piel. Deseaba ser sorda para no escuchar la ironía de sus palabras que todavía retumban en mis oídos.

Después de esa noche me encerré extenuada de cansancio, maquinando la forma de escapar, orgasmos de miedo recorrieron entonces mi cuerpo ... Era peligrosa la huida, ya estaba involucrada en el juego.

Prosiguió en medio del silencio. Tenía días que no veía a Susana. Un día regresé al lugar y estaba casi vacío. Por el ambiente cargado intuí que algo grave pasaba. Corrí al apartamento de Susana en el que vivía con su "chulo". Toqué hasta derribar la puerta. Entonces, helada de espanto la encontré en un charco de sangre, con el cuerpo amoratado. Sus manos y sus pies amarrados a la cama; sin duda, sucumbió al mismo juego con el que él, déspota, la tiranizaba. Desgraciadamente llegué tarde. Un escalofrío recorrió mi espina. En ese instante sentí ganas de matarlo ... pero cuando llegué, ya había desaparecido sin dejar rastros. Fue cuando recogí mis bártulos y regresé llena de asco y repugnancia por el macabro espectáculo y decidí marcharme. El sudor le recorría la cara lívida de dolor, su cuerpo se estremecía ante el recuerdo de aquella noche fatal. La atmósfera pesada la aplastaba, como la moneda que tanto buscó. Quedó muda por un breve instante hasta que reaccionando dijo, ahora estoy aquí de nuevo.

Apenas fui capaz de ordenar lo sucedido. Me perseguía el recuerdo de mi aventura. Solo la imagen de aquella amiga abotargaba de terror mi mente. Lloraba como si las lágrimas pudieran lavarle el alma. En ese momento Julián le agarró las manos, se miraron como si el mundo se hubiera detenido en ese instante, como se detiene el ojo del huracán furioso. Fue cuando huí ... vagué por las calles ... mejor dicho, aún estoy vagando.

Tercera Mención

El Divisible

Seudónimo: Erik

Autor: Miguel Ángel Durán Adames

Desde hace más de seis meses, Jean estudiaba el día y la hora más precisos para salir corriendo de su pueblo natal. En ese desolado y casi olvidado lugar, los dientes toman vacaciones y el estómago se queda vacío largo tiempo en espera de algo que lo reconforte. Una vez, la esperanza aplastada e incolora de todos los tiempos, intentó volar en el corazón de sus habitantes. Escogieron por mayoría a El Elegido, para que se sentara en una de las sillas que menos nalgas ha visto en todo el continente americano, en cien años.

Sin dudas, se trataba de una silla con puntiagudas espinas porque la novedad duró muy poco. El golpe de estado empeoró más la situación y profundizó más la pobreza de todo el pueblo. Jean se dio cuenta de que la muerte lo buscaba para hacerlo su víctima, ya fuese

fusilado, condenado, o con el estómago vacío. Entonces se decidió -pase lo que pase- y con su destino prácticamente consumado. Un día cualquiera del año de 1991, echó a caminar por las calles aún dormidas, con los pies desnudos, pero protegidos por una cachaza de escamas que ningún clavo, por puntiagudo que fuese, podía atravesar.

Con todo el "voudou" metido en su cabeza y desafiando al viento que fuera a soplarlo, se marchó con seiscientos "gourdes" que había conseguido con la venta de azúcar prieta y que mantuvo en su macuto de pescador junto a tres panes de agua, un "pachuché" y un destino: llegar a "Dominiquée York", parte oriental de la isla compartida, dividida tan sólo por un río, que según Prestol Castillo, se pasa a pie. Jean lleva bien metido en su cabeza el slogan de Toussaint: la isla es una e indivisible.

Ese sentimiento heredado lo ilusiona e impulsa. Y Jean camina nervioso, escondiéndose tras los muros hasta atravesar media isla, escabulléndose por entero en un crucigrama de ranchos cerca de la frontera oeste de la isla, hasta llegar a la casa de un tal Pierre, una especie de cónsul fronterizo, dispuesto a prestar sus servicios a todo el que quiera llegar sin problemas al otro lado del Masacre.

Es este el río, donde a cualquier hora del día y de la noche, se escuchan gritos y lamentos que vienen y no

sé de dónde, pero que engrifan los pelos de todo aquel que intenta pasarlo. Y el que lo pasa a pie, puede estar bien seguro, de que hasta ahí llegó su destino, porque al otro lado, le esperarán los guardias celando el mismo territorio que desde años muy remotos, está anclado al mediterráneo. Jean está dispuesto a cruzarlo dizque para cambiar su destino por completo y así olvidar la forma en que nació y vivió.

Según lo que me contaron, su mamá murió antes de que él naciera, y en un rito solemne un tal Pechungueaux, el brujo que más sabía de todo el entorno, abrió la barriga de la negra y sacó el producto que no quería nacer, porque sabía que la miseria y el hambre lo esperaban, tal vez, para darle más poder al viejo brujo. Sea como sea, lo cierto es que este hizo una grande hazaña.

Hace unos meses se supo, que el pobre brujo fue muerto a palos por los guardias del ejército, fruto del golpe de estado que le dieron a El Elegido. Es que el brujo había vaticinado, que El Elegido, estaba a punto de perder y de no sentarse jamás en la espinosa silla.

Jean persigue para sí las tierras que están al otro lado. El sabe que en la parte este de la isla hay un país, según Pedro Mir, que está situado en el mismo trayecto que el sol -así lo creo- y donde todavía se puede engañar al estómago con un plátano. Es por ese bendito plátano cocido en agua y sal, que Jean mete sus pies en El

Masacre y se esconde entre las piedras, únicos jueces del lugar para no ser visto.

Ayudado por su color, se monta en un tocón de maguey besado por el lodo y por el tiempo, y se pega como una lagartija, para confundir así a los guardias. Y allí, como no es "pendejo" espera la noche para que lo proteja con su manto, hasta transparentarse con ella en el período más crítico de la madrugada del día trece de mayo.

Alrededor de las tres y quince de la madrugada, cuando el sol todavía roncaba nerviosamente, Jean, con sus ojos mas negros que un carbón, rompe la noche con su vista de lechuza y corre encorvado por una finca de maíz que le sirvió de alimento. Se atrinchera en un lugar preestablecido en un campo verde del lado este de la isla, donde el sargento mayor de la fortaleza "Dominé" lo esperaría a él y a otros más al amanecer. Con quinientos pesos dominicanos conseguirían el pase. De no tenerlos, serían hecho prisioneros y devueltos a su pueblo. Jean, conociendo el ultimátum, y a sabiendas de que tenía dinero suficiente para pagar, dio por seguro que no iba a tener problemas con nadie y para confirmar por un instante esa verdad, cuando el sol salió como un huevo frito de Bidó para recalentar la tierra al amanecer del nuevo día y confundido quizás, con el Limber de Pedro Mir, gritó:

--- ¿Sa'a se Paris?.

(¿Es esto París?.)

... y de súbito, instintivamente metió su cuerpo entero entre dos piedras, al sentir la presencia de otros prisioneros del destino, quienes, reconociendo su acento, salieron como balas negras hacia él, con el solo deseo de reunirse y seguir juntos, hasta que el sargento llegara y les desatara del lío en que se habían metido.

Un camión americano, todo destartado, se adentraba paulatinamente en el lugar. Venía cargado de ojos negros, asomando sus pupilas para ver por todas las brechas que le habían hecho al camión un grupo de individuos en una de las tantas huelgas que se organizan cerca de la frontera para nada.

Esos ojos, negros como el abismo, miraban en toda dirección, -como quien busca la oveja perdida del cuento de Jesús. Estacionado en un pequeño valle aparentemente solitario, con voz de mandón el sargento preguntó:

--- ¿Kote lajon an wappeyén?.

(¿Dónde está mi ganado?.)

Jean no podía controlar su cuerpo. Lo dominaba un inusitado temblor... pero se armó de valor y salió de su escondite como un resorte despegado y aplastado a merced de su sargento. Lo mismo hicieron los que le

acompañaban. Se fueron agrupando, todos con el mismo misterio, hasta formar un círculo de corazones temblorosos, con valor de quinientos "pyas" por cabeza.

Extendían sus manos al sargento ofreciéndole el dinero, y éste con una sonrisa repugnante tiraba de sus brazos, hasta que estos seguían la misma trayectoria de sus rodillas quebradas.

Al llegar a Rosaoul -el más tímido del grupo- el sargento se molestó. Con rabiosa hambre le gritó:

--- Manké san.

(Faltan cien.)

Jean, intervino enseguida con sincero afán y completando el dinero de Rosaoul, le dijo:

--- Wa peyé'm apré.

(Me lo pagas después.)

Mientras el sargento contaba con pena enmascarada las papeletas de ese día, por pasar como cónsul frontenizo para las caras vanas de ese día, Jean, soñaba despierto: la isla es una e indivisible", del otro lado todas las familias tienen su propia casa, equipada con todos sus ajuares, con "telecable ready", seguridad social, un

carro del año, una nevera que hace hielo, escuela en todos los barrios, comida barata, trabajo perpetuo con vacaciones pagadas y visa fácil para viajar a cualquier parte del mundo. ¡Qué país tan maravilloso!. Nadie vive debajo de los puentes. La vida media está escalando los ochenta con un cheque fabuloso por jubilación, gracias a la solemne Salud Pública, insuperable en sus servicios. Dominado por estos pensamientos, Jean soltó una involuntaria expresión:

--- ¿Kiyés enbesil sa'a pou-ou ret la'a?.

(¿Quién es "pendejo" pa'quedarse de aquel lado?)

De aquel lado, del lado oeste, la mayoría molesta hasta el punto de que quieren trasladarlos a otro rincón del mundo, con el pretexto de que no caben donde están, quizás por su color, o por su idioma, o por sus creencias, o porque no tienen yacimientos mineros importantes... Como si fuera cosa del destino, Jean y su grupo, tampoco caben en el destartalado camión del sargento. Está realmente atiborrado pero un pie enganchado es suficiente para no perder la oportunidad de llegar y ser protagonista de sus sueños.

Agarrados como "cacatas" del oxidado metal, se van perdiendo entre los campos hasta que por fin se detuvieron en las cercanías de un pueblito, donde cada cual elegiría su destino, implorando a la suerte que acom-

pañe, mientras el camión se escabullía de prisa delante del polvazo que levantaba. Jean se separa de los demás y se dispone a alejarse rápidamente. Pero Rosaoul, valiéndose de la excusa de los cien pesos que le debía, se aferró del destino de su amigo. Sobre todo porque el mismo Jean se había encargado de meterle en la cabeza, que en un lugar de la cordillera principal, lo esperaban unos compueblanos que le tenían un trabajo reservado para la cosecha de café y la venta de maní tostado. Todo esto era hasta ahora solo un sueño, por lo que se vieron obligados a mendigar.

Gracias a la benevolencia de los que encontraban a su paso, pudieron llegar a la segunda capital, donde trabajaron por vanas semanas rompiendo piedras con vibradores, para la construcción de puentes secos.

Abandonaron el trabajo sin avisar y se marcharon a San José, donde ayudados por la gente de su mismo "kreól", allanaron los caminos hasta subir al mogote más alto, lugar desconocido por el tiempo y por el llano y culpable de la primera tentación de Jean y Rosaoul, quienes extasiados ante la belleza del paisaje y lo placentero de la altura, se quedaron sin respiración al descubrir en el acto, el ultraje de azul que le hacen al cielo las aguas frescas y dulces de la presa de Taveras.

Un burro que rebuznó con estrépito en ese instante, los despertó bruscamente del embrujo. Entonces echaron a

andar. Cruzaron más de setenta y siete campos y vecindades, hasta llegar, por fin a un pequeño valle, donde según sus habitantes "siempre es primavera".

Abordaron una camioneta de doble cabina, repleta de vidas y oportunidades. Solo tuvieron que decir "Dajaos" para ser conducidos a la tierra prometida. Es el único lugar de la bolita del mundo donde los dioses beben agua de los tubos de "PVC", que clavan los lugareños en los meatos de la tierra. Es allí, desde donde emanan venas muy superficiales de la tierra transportando el líquido más transparente ypreciado del globo terráqueo. Es allí, donde la esperanza gris es verde y donde los pies desnudos se zambullen en torrentes de aguas fluviales limpias, para ser besados luego por las boquitas de las maripositas del lugar, al secar. Es en ese lugar, donde los guineos maduran en las quebradas sin dueños, junto a las naranjos de jugo y los limoncillos. Donde en cada amanecer, la sábana blanca de los dioses, se va con los lamentos de las musas que no alcanzan ningún tipo de arte. Es allí, donde se deja ver desnudo el sol, saliendo tardío y bostezando entre las colinas de las montañas infinitas de la cordillera, sin hacer sudar jamás a los que le admiran. Razones tenía Jean para seguir repitiéndose una y otra vez:

--- ¡Kiyés enbesil saá por-ou ret la'a.!

Y yo añadido: -¿Quién es pendejo?.

Los días bonitos se sucedían armoniosamente, hasta que una mañana cualquiera de un año que no recuerdo, bajaban una litera sostenida por cuatro brazos anatómicos a una velocidad increíble de las laderas más recónditas del lugar. Entre quebradas y quebradas, la litera se perdía por momentos para reaparecer de nuevo entre los claroscuros arenosos del callejón principal. Con poco esfuerzo pude reconocer el cuerpo de Jean, inmóvil, más envuelto que un tabaco de andullo, desangrándose mortalmente, mientras lo conducían al hospital más cercano, a treinta kilómetros del lugar.

El frío se había adueñado ya de su cuerpo colapsado, no había sangre en sus venas. La esperanza incolora se le dibujada en sus pupilas ya empañadas por completo y protegidas para siempre por las cortinas inertes de sus ojos. Fue este acontecimiento que provocó por primera vez la noticia más funesta de Los Dajaos, desde que fuera fundado. Los lugareños, se vieron obligados a entregar a las autoridades al sospechoso principal quien en el interrogatorio se disponía ya a confesar.

Pero el acusado no alcanzó a pronunciar su confesión. Jean, más sudado que un perro, despertó de un brinco, levantándose de su cama colombina. Y se fue pisoteando con rabia entre los surcos, a todas las esperanzas y a todos los saltamontes que comían tranquilamente su cosecha.

Cuarta Mención **Para Desconfiar**

Seudónimo: La Filosa Espada de Pedro

Autor: Roberto Adames

*"Se le termina el bosque al insecto
si llega al borde de la hoja"*

Humberto Senegal, INEXISTENCIA

Los demás muchachos hablaban de la araña y de la cantidad de mariposas y moscas que quedaban atrapadas en su telaraña ; yo por mi parte, notaba, que bajándole un poco de intensidad al color gris de la red el arácnido podría lograr un tejido casi transparente y por consiguiente más insectos caerían en la trampa. Eso debí heredarlo de algún antepasado: ver en cada acto, por insignificante que parezca, una enseñanza abstracta.

Ese día, por ejemplo, cautivó mi atención el suave movimiento de zigzag que describió una hoja de Acacia en su caída, unos momentos antes la veía moverse junto a las otras con inquieta gracia y de repente dejó de hacerlo y se precipitó con gozosa tranquilidad. Este acto bastó para concretizar mi teoría sobre *La dudosa utilidad de la vida*. Ya me lo habían dicho claramente las hormigas : "Vienes a este mundo a poner ejemplo de orden y organización en el trabajo y la vida te paga con el chiste de que un gallo tuerto y con un sin número de peleas perdidas te ingiera de un solo picotazo". Desde ese día, en vez de hojear el libro de Horticultura General comencé a diseñar un plano para abandonar la vida. Matarme. Una muerte digna. Mi merecida muerte ... Una beca para hacer un post-grado en Agronomía en Holanda, un Porche Deportivo dos mil ocho, un apartamento en Miami con vista al mar... No , nada de esto. Ya estaba decidido, nada troncharía mi única y productiva meta: morir. (Cuando no estás siendo malo, eres bueno). Pero esta no sería una muerte cualquiera. Esta sería estudiada con profundidad para que fuese perfecta, viviría solo para eso y si fuera necesario " morir " por mi proyecto, con mucho gusto estaría dispuesto a hacerlo . Fue así que luego de atiborrar papeles con mil fórmulas y consultar multitudes de enciclopedias, después de varios meses, semanas, días y horas de estudios el día seis de enero, día de los Santos Reyes Magos y de Pusín el Rifero, con los años cansados, pero muy satisfecho, pude saborear el dulce ajeno de la conformidad

y por fin terminé el comienzo de tan afanosa tarea: mi forma de morir. Ese mismo día, con el hielito picante de la desesperación, quemándome los pies, me dirigí a la segunda planta de una casa color naranja abandonada en las afueras de la ciudad a cumplir con mi misión. Las carcomas habían hechos catacumbas con los peldaños de la escalera de sabina, pero a mi, poco me importaba. Desde el viejo balcón, la ciudad parecía una pintura impresionista y yo aparecía como un dios ante la misma, algo que le daba una pincelada de profundidad a mi proyecto. El sol se iba perdiendo como un fallido tiro libre de Shaquille O'Neil. Era el lugar, la hora y la decisión adecuada. Me felicité internamente por la decisión y esperé el momento oportuno para lanzarme al vacío. Del color del aire se me presentaba el infinito y estuve envuelto en un juego de miradas fugaces (todo premeditado) hasta que visualicé el mismo zigzag de la hoja de Acacia, pero ahora deslizándose por entre los hilos del aire translúcida y juguetona, 'Acacia magium'. Y sin perder tiempo la perseguí malentonando a Cortés:

Quiso volar igual que las gaviotas,

libre en el aire, por el aire libre.

Y los demás dijeron, pobre idiota,

no sabe que volar es imposible.

En ese trayecto se descubre que tanto en la física como en las matemáticas se cometen muchos errores y que el

tiempo no permite espacios que puedan demostrarlo. Se sienten tantas cosas cuando se está volando que describirlas sería minimizarlas. No me distraje mucho . la curiosidad me quemaba la hiel, debía aprovechar al máximo la satisfacción y el gozo de quien tiene el don de poder trazarse la última jugada de su destino. ¿Cuál de todas estas planicies turbias será la muerte?, me pregunté. A medida que un dolor desgarrante se apoderaba de mi espalda; mi vientre era como una especie de tornado queriéndome succionar la carne, mi cabeza estaba fofa y no sentía las extremidades inferiores; a lo lejos unos silbidos de sirenas se confundían con la guitarra del viejo Cortés; sin embargo, ambas se fueron perdiendo al unísono ... Unas horas después desperté en el hospital con tres costillas rotas , dieciocho puntos en la cabeza , ambas piernas enyesadas y un doctor con una bata extremadamente blanca al lado izquierdo.

¡Qué desengaño!, ¡conque eso era la muerte!. La pérfida, al igual que la surrealista, tiene un sinnúmero de matices Eso pensé , mas no lo dije. Desde entonces comencé a ver algunas cosas de un modo diferente: la vida, las hormigas ; también la muerte...

Quinta Mención

Lucy Prefiere Amar en Otro Sitio

Seudónimo: El Ángel Caído

Autor: Roberto Ortiz

hace días que no veo a Lucy, Lucy es mi mejor amiga, aunque la amistad y el amor se hacen sentir desde lugares distintos, pero ella se confunde, nunca es la misma, siempre es otra cuando estamos frente a frente y la lluvia asoma por sus ojos, sonrío, camina como si en cada actuación suya hay una entrega absoluta, una disyuntiva que se esclarece o una puerta que se cierra ante el clamor unánime de la gente,

siempre he vivido enamorado de Lucy, pero ella es mi amiga, mi única amiga, aunque nunca he renunciado a su amor, detrás de esa carita de niña pálida hay un sen-

timiento afable, una Lucy que me ama, que me adora, que se obstina en hacerme saber que somos amigos, pero yo la amo, aunque nunca se lo he dicho, prefiero callar, agarrarle las manos, pensar tantas cosas cobardes, inútiles y pueriles hasta dilucidarme en ese lado opaco y sutil de las últimas horas del atardecer donde cada propuesta es un nuevo ritual para inventarte, para perpetuar tu presencia en los sonidos confusos que vienen del otro lado de la casa y no existe una manera adecuada que alivie el dolor y haga que las heridas cicatricen sin dejar rastro ni huella imborrable en el corazón,

hubo una época en que me aficioné tanto a la música del jibarito de lares que me pareció que a ella también le gustaba, había una transparencia nocturna en sus ojos un candor en su cintura que la volvía cada vez más lúcida, más esbelta, más allá de ella misma dejando ver otras facciones inéditas y ocultas de su locura. cuando puse una canción de Lucho Gatica *"bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez"* la sala se estrechó tanto que creí que sólo estaba hecha para nosotros dos entonces la larga mirada de Lucy, un bolero bien pegao, el silencio obligado, tu piel suave como la seda, un vestido color del rocío cayendo al suelo para mostrarte en una dimensión insospechada de un paisaje oscuro y luminoso donde decides enseñarme el lunar de la espalda y yo preguntando de dónde provenía, entonces me lo fuiste contando todo, con lujo de detalles, con pausa y sin pausa, ajustando cada cosa en

su lugar; así era que me gustaba que me lo fuera contando todo, despacio, desmenuzando todo con maestría y elegancia porque después viene la calma, la noche y hay otras cosas que son necesarias comentar, que hay que manejar la cosa con discreción, que tu mamá últimamente tiene la presión muy alta y un clima inadecuado podría perjudicarlo, abrirle la ventana, que entre aire, mucho aire y ella se sentía bien o se sentía mejor, pero en ese momento entrabas y me contaba tantas cosas de su vida, momentos de tristeza, de rencor, de risa, de rabia y todo era risas y lágrimas hasta que hasta que llegaba la madrugada y los pedazos de recuerdos caían inútilmente y te quedabas tranquila, alentando más recuerdos, trayendo cosas no dichas y dichas a su punto de encuentro, el reencuentro de tantas cosas dispersas o presumidas.

acaso es necesario apartarse de la inmundicia, darle la espalda al sol, cerrar la ventana de la sala para que esa luzcita de estopa no pueda filtrarse por su rendija, adentrarse más en lo íntimo de esta mañana fugaz, donde tu pelo lacio y alborotado ha hecho palidecer el aire que se ofrece al cuerpo y tú no has titubeado ni un segundo en afirmar que eres la reina de mi desvelo, de mi desfallecida fantasía, detenida en tu largo trajinar de metáforas desfasadas, con un vestido blanco y unas medias de hilo, recostada sobre un sillón, con los brazos apoyados sobre la pierna y un canturreo de avispas dañando las llores del jardín y una voz autoritaria recor-

dando que en ese jardín yace el epitafio final de tu madre.

lucy no dejaba de ser mi compañera inseparable, mi tristísima alucinación de mundo imaginario, mi trémula pasión de noche inacontecida de tiempo pronosticado en habitaciones futuras donde la llevaba de una habitación a otra, comentádonle cada cosa, callando, tocando otra música suave, esta vez Pablo Milanés y la magia de este artista conduciéndome a ti, sin artificios, sin resistencia, y tú toda mía y yo todo tuyo, intacto en un lento subterfugio de algas y marismas, obligándome cada vez más a llevarte a mi mundo de delirio, de pasión y de locura, linda y apasionada en tu naturalidad de entrega y apasionamiento, adaptándose en un tiempo diferente del mío.

qué hacer contigo en este espacio inventado, dejarte intacta en un hálito inconfundible de voces, pero quizás yo podía traerte sin que tú lo percibieras a una cafetería de la calle El Conde, un café con leche, por favor, una música suave para alentar el espíritu y aprovechar la ocasión para mirar el camarero, con un smoking impecablemente perfecto, una sonrisa a punta de labios y una mirada que muy bien podría decir muchas cosas, pero es necesario ser discreto, hablar poco y con disímulo hasta que intervenga un nuevo ingrediente, un paréntesis, hasta pronto, esta noche es única e irrepetible, no volverás a caer en ese suplicio inicuo de la vanidad. nadie sospecha que eres otra. que nunca eres la misma,

que ni siquiera tu mirada indica siempre el mismo camino, una veces un camino lleno de rosas y orquídeas y otras un camino de dolor, de martirio, donde todo tiembla y hay que hacer magia para no resbalar en la arena. un nuevo plano, cambiando roles y papeles, entonces otra vez mi amiga, despertando justo cuando el aire es más tibio y es difícil controlar un sentimiento tan puro, tan noble, que es preferible callar, sufrir, batallar con ese otro yo invencible, con el que me embrujo toda la noche, en una lucha sin límite de tiempo, soportando la batalla avasallante de tus desmanes, de tus desplantes, de esas heridas incurables, sin embargo hoy estoy aquí, decidido a confesarlo todo. no puedo más con este tormento, a veces hay noches más interminables que otras, un vano artificio de prever la realidad, ponerle la chispa a cada personaje, calzarse su uniforme y entrar al terreno de juego con el entusiasmo y el júbilo en el corazón, harto de miseria y espera, el final de cada hora agregando una porción de magia y calor a la casa.

hasta el momento todo ha sido una confusión, lucy perdida en la música, lucy confundida, lucy pasando de un mundo a otro sin ningún esfuerzo, sin advertir que yo la sigo, perpetuando cada movimiento de sus manos, cada paso que da o la música interior que la recorre o la multiplica en una variedad infinita de personajes, imposible de aprehender en esta realidad para ceder a otra menos cruel y más justa, a una última reencarnación. imposible completar esta síntesis de lo visible y lo invisible, y no

hay otra opción que volver a la cama y detener la búsqueda.

por un momento la vi quedarse estupefacta frente a una foto de su papá, un movimiento de pies la hacía cambiar de posición, cortarse las uñas, aceptar una caricia, tornarse un buen trago de whisky, para disipar el miedo, dejar todo atrás, buscar la puerta más cercana, empezar a caminar por la calle El Conde, es raro encontrar todas las tiendas cerradas, claro que en ninguna de ellas había ni siquiera un empleado que la invitara a entrar, y no tenía otra opción que volver a mí, en la noche suave y desolada de los viernes, falso intercambio de impresiones, para mí es extraño que tú de vez en cuando hagas retroceder el tiempo. buscando un detalle que nos comprometiera, eliminar los sentimientos de rechazos. lluvias, pájaros en los alrededores de la casa, vientos removiendo las ventanas, un dejarse llevar por los instintos, afirmando su decisión frente a la nada y el dolor. sí, correr, pero no así, lucy, oh, qué bella, llenas de flores y margaritas, como si cada letra de esa palabra fuera ideal para ti, pero no, maldita sea, me lo imaginaba, no son celos, no, perdón. prefiero verte de otro modo. en otra escena, convertida en una estrella, en una ola del mar. en fin leyendo a shakespeare. es maravilloso, tengo razón, verdad. nunca se pierde tiempo. tú lo sabes, el amarse lleva su proceso y nosotros dos vamos en busca de la luz que perpetúa el sexto sentido.

entonces llegamos al final de la habitación, me acerqué

a la ventana, como buscando un punto de cohesión en cada nuevo personaje que interpretas o dejándome arrastrar por los instintos para que los personajes la interpreten a ella, y cada nueva Lucy fuera despojándose de su aroma, de su perfume Carolina Herrera, de su impulso a los grandes proyectos, de su terrible ansiedad de leopardo, afirmando su sorpresa porque eso en parte era su vida, Lucy en mi casa, Lucy en mi sueño, Lucy en mi imaginación, Lucy mi única amiga. Yo mismo hubiera querido amarla tanto, de modo que todo quedara claro entre nosotros y que tú solamente fueras una en mi vida, única en estas cuatro paredes invisibles, esperando un último intento, mirando el espejo, pero ella se alejaba cada vez más, dispuesta a interpretar al más difícil de los personajes.

3

Anexo

Acta Única

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al Noveno Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 23 de febrero de 2002 en las instalaciones de esa institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio: "El Inventario de los Almendros"

Seudónimo: Laura

Autor: Luis Córdoba

Segundo Premio: "A quien pueda interesar"

Seudónimo: Flavius

Autor: Ricardo Nieves

Tercer Premio: "Mi Condena"

Seudónimo: Renacimiento

Autor: Mélida García

Cuarto Premio: "La Boda de Oro"

Seudónimo: Noé

Autor: Franklin Alvarez

Quinto Premio: "Dos de agosto"

Seudónimo: Andrúbal el Mago

Autor: Hyden Carrón

Por otra parte, también se decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención: "Final final"

Seudónimo: Pigmalión

Autor: Rosa Julia Vargas

Segunda Mención: "Piel de Crepúsculo"

Seudónimo: María Moñitos

Autor: Silvia di Franco

Tercera Mención: "El Divisible"

Seudónimo: Erik

Autor: Miguel Angel Durán Adames

Cuarta Mención: "Para desconfiar"

Seudónimo: La Filosa Espada de Pedro

Autor: Roberto Adames

Quinta Mención: "Lucy prefiere amar en otro sitio:"

Seudónimo: El Angel Caído

Autor: Roberto Ortiz

Dado en la ciudad de La Vega en la tarde del sábado 23 de febrero de 2002.

Lic. Emelda Ramos,

P. José Luis Sáez, S.J.

Lic. Carlos Fernández-Rocha

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Amigo del Hogar
de Santo Domingo, D.N.
En setiembre del 2002.



GRUPO LEON JIMENES
Por una mejor nación.